EL DIA

AÑO XXXV — Nº 1723 Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932 MONTEVIDEO, ENERO 23 DE 1966

Eduardo Fabini

(Foto Lagarmilla)

Compositor uruguayo cuya "Fantasía" para Violín y Orquesta, acaba de ser editada en modernos discos de larga duración, por la Facultad de Humanidades.

EN EL DEPORTE DE LOS REYES KATTY FUE LA EMPERADORA Maroñas, 6 de enero, enorme concurrencia. Elegantísima. Una verdadera mina de oro para todas aquellas que apreciamos en todo su valor estético los sofisticados vaivenes de la caprichosa diosa Moda. Había atuendos que dejaban, literalmente, extasiada. Los mejores modistos realizaban una verdadera puja por la creación más esplendente. Fue una tarde de gala inolvidable. Y hasta tengo un chismecito muy sugestivo. Un gran amigo mío, el poderoso ganadero R. T. T. se hallaba ante las ventanillas de apuestas. Iba a apostar una fuerte boleteada al 4, correspondiente a uno de sus famosos pour sang que corría en el Ramírez. Y saben qué le pasó? Pues, lo que nunca: Se equivocó de ventanilla y apostó al 9. Y saben por qué? Pues, por tanto darse vuelta a mirar y admirar a la elegantísima KATTY que estaba con un modelo de hilo y chaqueta en rustic floreado; guantes y zapatos blancos. Por suerte, todo salió bien; ganó el 9 y KATTY recibió esa tarde un ramo de rosas grande como el Palacio Salvo. Bien, KATTY, bien!

CAUSO REVUELO ISA EN PUNTA DEL ESTE Lo que vimos días atrás en la Brava, nos lleva a lanzar una iniciativa que, no lo dudamos, recibirá unánime apoyo: La Comisión Nacional de Turismo y los directivos de nuestro más aristocrático balneario deberían subsidiar a la encantadora ISA. Sí, ISA, la sofisticada mannequin de los más exclusivos desfiles de modelos. La causa de ese subsidio? Pues simplemente que ISA se ha convertido en uno de los más rutilantes encantos de la Punta! Deberían haberla visto como nosotros la vimos, rodeada de absortos, entusiastas, adorantes turistas. No era para menos: exquisita malla dos piezas en strech Jacquard celeste y espectacular sombrero para sol de raffia y sandalia haciendo juego. Así se fomenta el turismo, amigas! La Comisión Nacional tiene la palabra...

notas de un VERANO TOTAL!

Soler tiene Soler conviene!

1 - Vestido en algodón estampado, totalmente abotonado, con detalle de sesgos $ **200.-** 2 - Vestido en rústico Acrocel, modelo sin mangas, con pespuntes en tono contrastante $ **390.-** Vestido para señora en algodón fantasía, de gran practicidad $ **170.-** Vestido de línea sencilla, en seda a lunares irregulares $ **320.-** Vestido en hilo rústico, en novedosa pieza formando el escote $ **455.-** Vestido en hilo rústico, modelo con doble abotonadura y pequeño cuello $ **400.-** Vestido realizado en piqué Acrocel, modelo de línea simple, con novedoso pespunte $ **600.-** Conjunto de vestido y chaqueta; vestido en hilo liso y chaqueta en estampado de suaves tonos $ **980.-**

AGUADA - CENTRO - CORDON - UNION - LAS PIEDRAS

REENCUENTRO CON EDUARDO FABINI

HAY varios factores que contribuyen a que el recuerdo de Eduardo Fabini —músico nacional uruguayo— se nos presente ahora en forma más vívida y frecuente que en otras ocasiones. En este reflorecer de las imágenes, creemos reconocer de inmediato dos causas fundamentales: la primera, constituida por la primera aparición en discos comerciales modernos, de una de las obras más hermosas (y sin embargo, menos conocidas) del músico de "Campo": su *Fantasía para Violín y Orquesta*, que integra el material de un disco "larga duración" producido por la Asociación de Relaciones Culturales Americanas (ARCA) de nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias.

Este hecho, tan auspicioso, ha servido de punto de arranque, o mejor dicho de catalizador para que otros recuerdos más lejanos e imprecisos llegasen a la plena luz de la conciencia. En efecto: la edición de tal registro coincide con el 40º aniversario de la creación de *La Isla de los Ceibos* —tercera obra sinfónica de Fabini— cuya partitura fue terminada durante el caluroso verano 1925-26, en Solís de Mataojo, Depto. de Lavalleja, pueblo natal del gran compositor. Aunque considerablemente distanciados en el tiempo, ambos acontecimientos adquieren, en estos días, una significativa simultaneidad psicológica. Creemos oportuno, pues, examinarlos con algún detalle.

*

En aquel riguroso estío uruguayo, Eduardo Fabini estaba escribiendo la obra que habría de compartir con su predecesora *Campo* (1922) los justos honores de una rápida difusión internacional. Lo hacía en una casa ubicada en la esquina de dos calles silenciosas y rústicas: "25 de Mayo" y "Gral. Artigas" del pueblo Solís. En esa misma esquina se levantaba con lentitud —como en un vegetal crecimiento— la casa blanca y azul que poco después sería residencia y lugar de trabajo de Fabini. Mientras tanto, noche tras noche, la partitura iba avanzando. Notas aisladas y acordes, casi siempre truncados en forma abrupta, surgían de la sombra, como estrellas fugaces. Las notas herían el silencio de aquel pueblo donde las noches apacibles conocían sólo la breve pausa del canto de los grillos, o bien de esos ladridos lejanos que parecen sucederse en imitaciones canónicas. Jirones de melodía arrancados nerviosamente al violín, o esbozos de "tutti" orquestales ensayados en el viejo armonio, se disolvían lentamente en una atmósfera que parecía cargada de presagios. Era una nueva música que nacía; y aún a través de tan menudos fragmentos, se mostraba extraña y bella, con marcado sabor a terruño.

*

Lo que hoy conocemos como poema sinfónico "Isla de los Ceibos" constituía, en principio, una Obertura; y así se la designó durante mucho tiempo.

Fabini siempre había soñado con escribir una ópera de ambiente nacional, cuyo marco de acción sería aquel islote de añosos ceibos —por él bautizado "cajita de música"— que visitaba todos los veranos. En cierto mes predestinado, la floración es tan copiosa que llega a cubrir, con su ígneo color, el verde del follaje. Estaban, pues, parte de la música (obertura y algunos temas centrales) y el escenario. Lo que faltó fue el libro, el argumento. Ninguno de los que entonces le fueron ofrecidos, pudo satisfacer al músico. ¿Temió, quizás, influir en un fácil lirismo, apoyado en un interés solamente regional? Lo cierto es qua la Isla de los Ceibos hubo de quedar limitada a su preludio orquestal, que fue concluido en las postrimerías de febrero de 1926. Lo demás es historia bien conocida. Clamoroso éxito en su estreno absoluto (octubre 1926) de Montevideo; y posteriormente, su triunfal ascensión al repertorio sinfónico mundial, al que mucho contribuyó el director ruso Vladimir Shavitch (1889-1947); el mismo que en 1922 condujera, en el desaparecido Teatro Albéniz de nuestra capital, la primera audición de "Campo". Durante los catorce meses de su permanencia en los Estados Unidos de América, Fabini pudo ver, personalmente, nuevas etapas del seguro triunfo de sus dos obras sinfónicas más conocidas por el público. Y tuvo la inesperada satisfacción de que una poderosa compañía fonográfica norteamericana lanzase al mercado mundial los primeros discos *ortofónicos* (de registro eléctrico) con música de un autor latinoamericano.

"Campo" y "La Isla de los Ceibos" fueron grabados por la Sinfónica de Nueva York, dirigida por Shavicht, el 22 de noviembre de 1927. Durante muchísimo tiempo —casi hasta nuestros días— esos registros fueron los únicos con que esas obras contaron.

Pero su gravitación en el destino de la popularidad de dichas obras fue decisiva; como invariablemente lo es todo registro fonográfico llevado "a nivel comercial"; es decir, directamente accesible a todos los públicos.

*

Sólo una ínfima parte de la obra total de Fabini, pudo compartir esa suerte. De "Campo" y "La Isla" existen otros registros algo más modernos (ediciones ARCA y SODRE), aunque técnicamente muy objetables. De las obras vocales e instrumentales, entre las

En este ambiente nacio la "Fantasía": Patchogue, frente a Nueva York, residencia veraniega de Enrique Caroselli. De pie, Sra. Ema Suárez de Fabini, Eduardo Fabini y Enrique Caroselli, asisten a un concierto improvisado. (Foto tomada en julio de 1927, y cedida por el Maestro Caroselli).

que se cuentan *La Güeya, Remedio, Luz Mala y Flores del Monte*, sólo poseemos la regrabación de viejos troqueles obtenidos en 1943, en Buenos Aires. Tienen, a pesar de sus naturales deficiencias de sonido, el gran mérito de su valor documental, ya que contienen la voz de la soprano uruguayo María Luisa Fabini y el acompañamiento pianístico del propio autor. Además, los famosos Tristes (Nos. 1 y 2) fueron interpretados también por Fabini, en ejecución pulcra y sensible.

Lamentablemente, aquella oportunidad no fue aprovechada para grabar también otras dos piezas siempre solicitadas por los pianistas: *Intermezzo Nº 1* y *Estudio Arpegiado*. Estas figuran en otro disco comercial de 1952, grabado por el pianista uruguayo Hugo Balzo, artista indiscutiblemente autorizado para cumplir esa tarea que repara parcialmente la omisión en que incurriera Fabini, cuando visitó la compañía fonográfica argentina. Por desdicha, este importante registro deja muchísimo que desear en cuanto a perfección técnica de toma y prensado.

*

Esta "historia discográfica" de Fabini nos lleva directamente a examinar el segundo de los factores que —a nuestro entender— han hecho, en estos días, tan propicio el recuerdo del gran compositor nacional: la exhumación tardía de una pieza de singulares caracteres, *Fantasía para Violín y Orquesta*, interpretada por el violinista Miguel Pritsch ("concertino" de la Sinfónica del SODRE), con la Orquesta de "ARCA", bajo la dirección de Oscar Borda Cortinas, distinguido instrumentista y director orquestal uruguayo.

La pieza fabiniana ocupa —con humildad y altivez raramente enlazadas— diez de los treinta minutos de música que contiene el último disco editado por la Facultad de Humanidades. Aparece, con su extraña, pálida y nostálgica fisonomía, entre los "Tres Esbozos Sinfónicos" y dos "Canciones para Soprano y Orquesta" de Alberto Soriano; obras también muy singulares en toda la literatura musical sudamericana. Evoquemos rápidamente la historia de esa "Fantasía".

Cronológicamente, resulta contemporánea del tercer poema sinfónico de Fabini: *La Melga*. Ambas fueron bosquejadas en junio de 1927, en la residencia veraniega que en Patchogue (Long Island), frente a Nueva York, tenía otro destacado músico uruguayo: Enrique Caroselli Widmar; entonces activo integrante de la vida cultural norteamericana, en la que actuaba como pedagogo, violinista y director orquestal. La casa campestre de Patchogue era un vivero de inquietudes artísticas, ya que hasta allí llegaban compositores, instrumentistas y cantantes, atraídos por la señoril y espiritual personalidad de Caroselli. Ante el imperativo de la emulación, Fabini había retomado —sin quererlo— el instrumento de sus gloriosos días de concertista: el violín. Y a su frente desfilaban, a diario, Shavitch, Edgar Varese y otros artistas; entre ellos, aquel gitano español, el violinista y pintor Manuel Quiroga.

A solicitud de éste ("...¿cuándo escribirás algo *para mí?*", le repetía), nació lo que hoy conocemos como Fantasía; en principio, concebida como un trozo de concierto con acompañamiento de piano. Y mientras que "La Melga" avanzaba con excesiva lentitud (fue terminada en 1930, y estrenada en Montevideo, en octubre de 1931), Fabini escribió casi de un solo trazo, la espléndida melodía para violín, que parece arrancada de lo más profundo de su alma. Fabini y Quiroga se separaron en febrero de 1928; pero la promesa formal había sido hecha (..."¡cuento con tu pieza!"). El músico uruguayo volvió a Montevideo, y el español, a Europa, donde cumplió una nueva gira de recitales. Mucha agua pasó entonces bajo los puentes. Pero en 1929, los dos músicos se reencontraron en la Semana Santa y Feria de Sevilla; y la ocasión fue buena para que el gitano reactualizase, imperiosamente, su pedido. "Voy a Sudamérica en julio", le anunció. Y espero contar con "mi pieza"; pero, para ser tocada *con orquesta*". Este inesperado aspecto de su compromiso conmovió a Eduardo Fabini; pero como "Quiroga merece algo más que un poco más de trabajo" (como contaba el compositor), se abocó de lleno a orquestar el acompañamiento. Y el 22 de agosto de 1929, en el Solís, Manolo Quiroga estrenaba, con clamoroso éxito, la Fantasía, cuya parte orquestal cumplió la así llamada "Orquesta Nacional" dirigida por Vicente Pablo. La obra fue repuesta el 20 de diciembre de 1930, teniendo por solista a Oscar Chiolo, otro de los brillantes alumnos de César Thomson.

Desde aquella fecha tan lejana, la obra cayó en un inexplicable olvido. De él la redime, ahora, el nuevo y bien inspirado esfuerzo de ARCA.

*

Si en "La Isla de los Ceibos" Fabini había logrado escribir música de fuerte acento nacional con prescindencia de todo documento folklórico, es en esta *Fantasía* (y en algunas piezas breves para voz o piano) donde ese milagro se opera en el más depurado plano emocional y economía de recursos. De carácter fundamentalmente nostálgico, tensa melodía sin desmayos y con el número exacto de sostenes armónicos, logra una extraña fuerza evocadora de nuestro espíritu nacional uruguayo. Hay toda una teoría de calidades, toques de color tímbrico y modulaciones inesperadas, que parecen configurar una visión de la Patria, desde la lejanía extranjera. Como en el campo de un teleobjetivo, los planos parecen estrecharse. Por eso percibimos *a la vez* tantos elementos de nuestra idiosincrasia; en una suerte de síntesis apretada como el compositor no lograba, acaso, desde las primeras notas de "Campo" (otro prodigio de autenticidad y concisión). Aún para quienes conocen y aprecian mejor el arte de Fabini, esta curiosa página suena como algo transfigurado; presente y lejano al mismo tiempo. Es una imagen inesperada, completa y bella, de todo lo que constituía la razón de ser de la vida del hombre y del artista: la ternura hacia sus semejantes, y el amor a la Patria. El rescate de la Fantasía, desde la niebla del olvido, constituye un hecho digno de ser especialmente señalado. Y es nuestro más ferviente deseo que se extienda el número de las obras que deban ser devueltas a una actualidad que sabrá juzgarlas, ahora, con la perspectiva exacta que el tiempo confiere a las cosas.

Roberto LAGARMILLA

(Especial para EL DIA)

Por 1900, aprendió esta "Simarrita" de unos viejos vecinos del lugar de su nacimiento: Perico Flaco (Dpto. de Soriano), de origen brasileño, de apellido Piriz o Pires, llegados allí por 1860 ó 1870, que también tocaban la "acordeona". Don Roque P. Gil, hacía más de cuarenta años que no tocaba el acordeón en momentos de efectuarle la grabación.

Simarrita Nº 2. Grabación efectuada al Sr. Celestino Rosa Laureano, guitarrista de profesión, vecino y natural de Durazno, capital del departamento homónimo, de 69 años de edad, en casa de don Tomás Parallada, el 22 de agosto de 1965, a las 10 y 15 horas. Don Celestino, nos decía que aprendió esta "Simarrita" como casi todo su repertorio, de un tío suyo, su "maestro" (aprendizaje oral y directo, realmente *tradicional*), don Segundo Laureano, que la tocaba desde la última década del siglo pasado.

Nos señalaba, como dijimos antes, en el reportaje que nunca vio bailar la "simarrita", sino como danza "agarrada" y parecida a la polca.

Fernando O. ASSUNÇÃO

(Especial para EL DIA)

LA SIMARRITA O CHAMARRITA

La patriarcal estampa de don Roque P. Gil, a cuya caballeresca gentileza debemos la "Simarrita" Nº 1, cuya pautación acompaña este trabajo.

Nuestro informante don Celestino Rosa Laureano, excelente guitarrista del Durazno, a quien grabamos hermosas piezas de nuestro acervo tradicional musical, entre ellos la "Simarrita" Nº 2.

EN dos recientes oportunidades, hemos hecho hincapié y señalado con especial énfasis que el folklore en nuestra América, en particular, el cancionero y las danzas, forma grandes áreas, ajenas o independientes, por completo, de las fronteras políticas, compartiéndose así muchas de esas formas o especies por dos o más naciones (v. Sup. Dominical Nº 1719, "Tenemos Folklore", del 26 de diciembre de 1965, y Nº 1721, "El Caranguiyo" o "Caranguejo", del 9 de enero de 1966). Un ejemplo bien flagrante de ello, lo constituye esta forma de canción danzada, conocida por Chimarrita, Simarrita o Chamarrita; pertenece al Río Grande del Sur en toda su extensión, a las provincias argentinas de Corrientes y Entre Ríos y a la mayor parte de nuestro territorio, en especial al norte (sin olvidar que las dos versiones que daremos son una de Soriano y otra de Durazno, departamentos al sur del Río Negro, ambos). Tan es así, que no cabiendo dudas, hoy día, de su origen portugués (azoriano) y por lo tanto su original difusión en Brasil sur, ha llegado a ser considerada la forma musical más representativa en Entre Ríos, junto con la milonga y, en nuestro territorio, aún recuerdan los paisanos viejos el nombre de "limpa-banco", que se le daba en los bailongos de campaña, por su popularidad que hacía que nadie quedara sentado, cuando en la vieja "verdulera" sonaban sus primeros compases acompadrados y alegres.

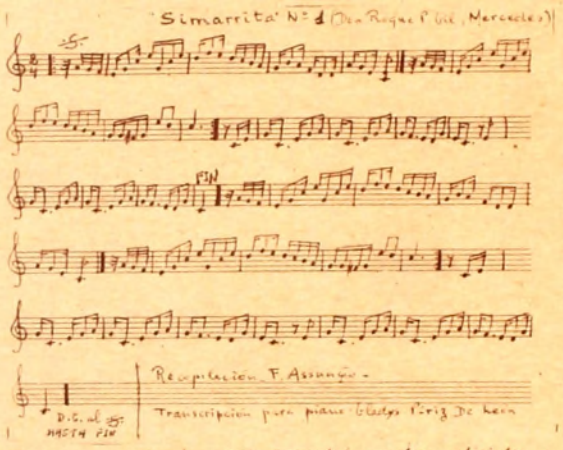
Dijimos de su origen portugués. Merced a los trabajos del eminente musicólogo Carlos Vega, el Archivo del Inst. de Investigaciones Musicales de Bs. As., posee una Chamarrita, grabada por un conjunto portugués.

Pereira Coruja en su "Collecção de Vocabulos e frases usadas na Provincia de S. Pedro de Río Grande do Sul", obra escrita en 1851, menciona la "chamarrita", integrando el Fandango riograndense (Lauro Ayestarán, "La Chimarrita", EL DIA, Suplemento de agosto 1º de 1948).

Por su parte los brasileños Paixão Córtes y Barbosa Lessa en su Libro Manual de Dancas Gaúchas (1961), pág. 49, dicen: "Chimarrita — Cuando los colonos azorianos, en la segunda mitad del siglo XVIII, trajeron al Río Grande del Sur, la "Chamarrita", esta danza era, por aquel entonces, popular en el Archipiélago de las Azores y en la Isla de Madeira. Desde su llegada a Río Grande del Sur, la "chamarrita", se fue amoldando a las sucesivas generaciones coreográficas, y llegó, aún, a adoptar, a principios del siglo actual la forma de parejas enlazadas, como una mezcla de vals y chotis. Del Río Grande del Sur (y de Santa Catalina) la danza pasó a Paraná, al Estado de San Pablo así como a las provincias argentinas de Corrientes y Entre Ríos, donde aún son populares las variantes "Chamarrita" y "Chamamé". La corruptela "Chimarrita" fue la denominación más usual de esa danza entre los campesinos del Río Grande del Sur".

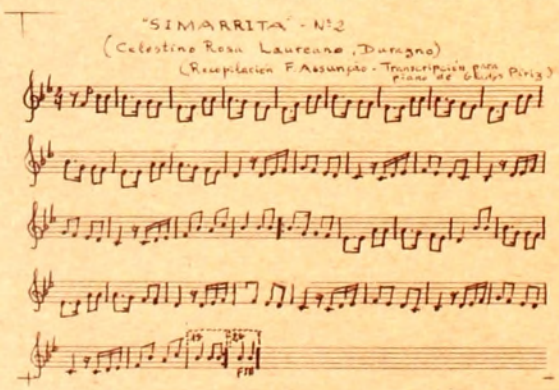
En una comunicación particular del Prof. Joaquín López Flores, investigador argentino de las danzas folklóricas y que, además, vivió, años de su juventud en el litoral de su patria y la nuestra, éste estimado amigo nos dice lo siguiente a propósito de esta vieja danza:

CHAMARRITA. — Dice Schianca en su Historia de la Música Argentina: *"La difusión de este baile suscitó largas discusiones entre correntinos y entrerrianos respecto a quien correspondía la paternidad. Creo con bastante fundamento de que el derecho de tal paternidad pertenece a los entrerrianos, contribuyendo a reforzar esta opinión el nombre mismo de la danza: "Chamarra" palabra que no solamente no tiene nada de guarani, sino que es de origen castellano, por cuanto existe la palabra "zamarra", vestimenta de jerga o paño burdo, que tal vez por ser la clase de traje que llevaban los primeros que la bailaron, hizo que tal nombre se aplicara al baile... Su ritmo y el tiempo son del todo iguales a la "milonga" porteña, y es, como fue ésta en sus primeros tiempos, un baile agarrado... Allá por el año 1909, estaba yo sirviendo a la patria en el Regimiento de Infantería de la ciudad de Paraná. Enterado el jefe del Cuerpo, teniente coronel Luis Perlinje, de mi amor a nuestra música y de mi espíritu investigador, a la vez que de mis conocimientos en lo que se refiere a tocar piano, guitarra y acordeón, me ofreció todo lo que estuviera a su alcance para que yo continuara en mis investigaciones sobre nuestro folklore... Pude cosechar un sinnúmero de datos... No solamente entre los componentes de mi Regimiento, sino también del 3 de Ingenieros que eran nuestros*



vecinos, entre los que encontré muchos oficiales y viejos clases de distintas provincias, de quienes conseguí datos que me sirvieron... Y fue precisamente en esta ocasión, que con respeto a la "Chamarra" tanto viejos clases como vecinos de los cuarteles, casi centenarios, me afirmaron con copias de citaciones fundadísimas, que ese baile era entrerriano y que no se cantaba, se bailaba solamente..." Ahora bien; al margen de lo que ya usted conoce sobre lo que yo he escrito sobre "La Chimarrita", debo decirle, que yo tengo muchos parientes correntinos, y son casi todos músicos (arpistas, guitarreros, violinistas, acordeonistas) y todos han sido muy buenos ejecutantes de "Chamarritas" pero cuando se ha bailado esta danza, siempre fue de pareja enlazada, tal como se bailó siempre la polca."

El eminente investigador y "sabedor" de las tradiciones rioplatenses, don Justo P. Sáenz (h.), aunque con gran modestia señala que no son las danzas su especialidad, dice en un artículo, del cual nos enviara gentilmente, comunicación particular ("La Nación", diciembre de 1957: "Algo más sobre los bailes criollos"): "Infortunadamente nunca pude ver bailar la "chimarrita o chamarrita", la famosa danza de la zona entre-



riana limítrofe con Corrientes. Tampoco me fue dado escuchar su música, hasta bastantes años después, digamos 1946, en que la oí en esta Capital, en casa de mi querido amigo el inolvidable Dr. Ergasto Marenco, nativo de Concordia, quien tocaba la guitarra admirablemente... y refería el Dr. Marenco, que la viera bailar en su adolescencia, que por algunos pasos y saludos, tenía similitud con El Cuando".

Gracias a esa gentileza y generosidad de Don Justo, maestro que tanto nos honra con su amistad, pudimos grabar a la señora Lyda Marenco, hija de don Ergasto, esa vieja "Chamarrita", que hoy, junto a unas viejas milongas orilleras que nos interpretara el propio Sáenz, enriquecen nuestro archivo musical rioplatense.

Todos los informantes que hemos podido consultar, en nuestros viajes al Interior, que acompañaron en bailes, que la bailaron o la vieron bailar coinciden en esta opinión de que era danza enlazada, con "aire de polca" y que se bailaba más o menos como polca.

Por todo lo dicho podemos deducir que esta danza, presumiblemente traída por los colonos azorianos a Río Grande del Sur, en la segunda mitad del siglo XVIII, llamada Chamarrita (t. v. por la chamarra corta o chaquetilla ibérica de esa época, usada por los mismos colonos y tan "gauchesca" en toda el área rioplatense), denominación que se corrompió a chimarrita (con prosodia lusitana) o "simarrita" con prosodia nuestra; de allí pasó a nuestro territorio y a la zona fronteriza entrerriano-correntina, en la Argentina. Que originalmente se trataba de una contradanza o cuadrilla popular, que luego, en tiempos de su auge, se vio influida por la polca y que, musicalmente (entonces) quizás forme parte de una misma familia con la "polca canaria" (oriental), la milonga y el "Chamamé" (correntino), pasando a ser danza de pareja enlazada danzando en un tiempo polqueado, algo más marcado y vivo, con ciertos zapateos a ratos (como el chamamé en Corrientes hoy día). Su período de mayor auge en nuestra campaña, parece ser entre 1880 y 1900 hasta 1920 aproximadamente, década ésta en la cual desaparecen rápidamente.

Se cantaba con viejas coplas, y muchas veces con otras improvisadas de contenido alegre o picaresco. Una de las más popularizadas dice:

"Chamarrita, chamarrita
Chamarrita de mi amor,
que tras una chamarrita
se me fue mi corazón".

En nuestro artículo del "Caranguiyo" dimos alguna copla riograndense tradicional; otra dice:

"Chimarrita diz que tem (diz que tem)
um cavalinho alazão (alazão)
é mentira da chimarrita (é mentira)
anda de freio na mão"

Damos con este trabajo dos "simarritas", recogidas en nuestros trabajos de investigación de campo. Creemos, que es el momento de destacar algo para conocimiento de los lectores. El trabajo de investigación de campo o "in situ", es difícil, porque ante todo hace falta *"llegar"*, hasta el presunto informante, es decir: saber de su existencia en determinado lugar y poder ser introducidos a él y que acepte ser interrogado, grabado y fotografiado. Esta tarea no podría realizarla el investigador, correctamente, sin el auxilio de los injustamente anónimos amigos del lugar que se trate, que facilitan esta tarea. Así queremos agradecer aquí a los directivos de la "Peña Lazo y Estribo", de Mercedes, preocupados cultores de nuestro acervo tradicional, que tanto cooperan conmigo en esta tarea, con la Srta. Blanca García Bruché y el Dr. Hugo Vázquez Ledesma, a la cabeza, y que nos introdujeron en esa ciudad a don Roque P. Gil a quien grabamos la Simarrita Nº 1. Y al Prof. Samuel V. de León de Río, de Durazno, profesor de guitarra, folklorista y otro gran luchador por la recuperación de nuestros valores culturales, a través de su publicación especializada "Resonancias", que nos acercara hasta Celestino Rosa Laureano, a quien grabamos la Simarrita Nº 2. *Simarrita Nº 1.* Grabación efectuada en Mercedes, capital del Depto. de Soriano, al señor don Roque P. Gil, distinguido caballero de fecunda trayectoria en el Gobierno Departamental, que muy amablemente accedió a nuestro reportaje, en su residencia, el 4 de julio de 1965, a las 11 horas.

Don Roque P. Gil, de 71 años, nos contaba, no sin nostalgia, de los alegres tiempos juveniles, cuando con dos íntimos familiares, muy jóvenes como él, formaban orquesta (él "acordeona *verdulera*" de una hilera, los otros guitarra y mandolino) y a veces recorrían distancias para "acompañar en bailes". Esparcimiento sano, afición auténtica, de jóvenes que el resto de la semana, sabían de la responsabilidad de cumplir y dirigir las duras tareas camperas.

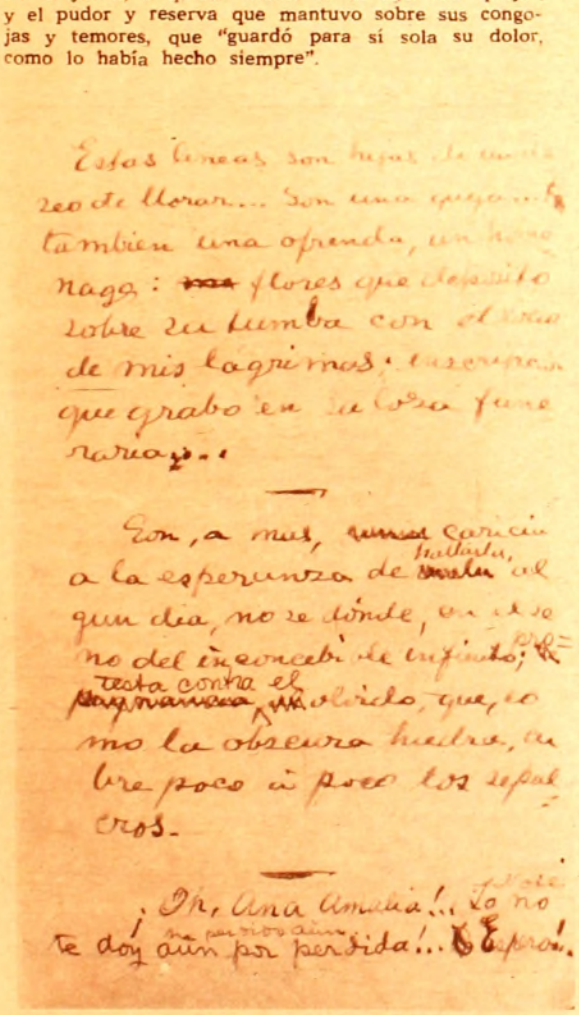
Por fin, desde el 20, están en la estancia de Puppo. La novedad del cambio la entusiasma. La vastedad del horizonte la colma de reflexiones sobre la soledad. ¿Y también sobre la muerte?, nos preguntamos. Sin duda, aunque no lo dijera. El 25, cumple sus 18 años, la edad florida, ilusionante. En su libreta anota regalos, visitas. Pero sus sentimientos, al arribar a esa hora de los ensueños y las quimeras románticas, los calla. Había tenido ocasión de concurrir a fiestas, a bailes. Pero aún el amor no había rozado con sus alas, la alba pureza de su alma. Y así partió.

El 2 de diciembre, será Rafael quien cumpla años en la estancia.

Así, entre fechas queridas, expectativa por el resultado de medicamentos nuevos, alimentación especial, alternativas, mucha fatiga, se van deslizando los días finales de 1912. Cuando anota la rápida decisión de Batlle de volver a Europa en busca de un clima más benéfico, se comprende la prisa angustiada del hombre que está viendo alejarse cada vez más, las esperanzas. Con el padre que debe viajar a la Capital cada ocho o diez días vuelven nuevos médicos, y sin decirlo ella, se palpa la tensión creciente de la familia, ante la enferma que empeora rápidamente. La idea de ir a Europa le infunde alguna esperanza, aunque otra vez se preocupa por el peligro que pudiera correr su padre, y la pena de abandonar a Sofía y los niños —Sía, Chocho, Teresita, Carlitos y Anita—. Pero acaricia la ilusión del regreso: *"más que en la ida, pienso en la vuelta, ¡sana!, marchando por mis piernas! ¡Ah, qué felicidad! ¿Cuándo será ese día?!!..."* Ah, ese día no llegó nunca. Todavía diciembre le reservaba una dura prueba. El 22, el Dr. Morelli, que llegó de Montevideo acompañando a Ricaldoni, procedió a practicarle el pneumo-tórax. Estremece el relato de la paciente, impresionada al ver entrar en su habitación *"a los doctores con los brazos desnudos hasta el codo"*. Cándidamente confiesa: *"mi valor comenzó a decaer: comprendí que aquello no era tan simple como decían"*. El padre le sujetaba las manos: misia Matilde salió del cuarto. Cuenta desgarradoramente su martirio. Dos días después, dice con temor: *"Hoy viene otra vez"*. Tiene miedo de volver a sufrir, y no sabe cómo lo pasará en esta ocasión. *"Veremos. Mañana diré el resultado"*.

Pero no hubo mañana. No volvió a escribir nada más en su "Diario". Con mano estremecida, Batlle traza dos líneas lacónicas que todo lo resumen: *"Murió el 24 de Enero de 1913 a las 7.20 p. m."*.

En la libreta de su hija, Batlle evocará, trece años más tarde, en marzo de 1926, el temple moral de la joven, a quien "nunca se le oyó una queja", y el pudor y reserva que mantuvo sobre sus congojas y temores, que "guardó para sí sola su dolor, como lo había hecho siempre".



Estas líneas son hijas de un deseo de llorar... Son una queja... también una ofrenda, un homenaje: ~~las~~ flores que deposito sobre su tumba con el rocío de mis lágrimas; inscripción que grabo en su losa funeraria...

Son, a más, ~~[illegible]~~ caricia a la esperanza de ~~[illegible]~~ hallarla, algún día, no sé dónde, en el seno del inconcebible infinito; protesta contra el ~~[illegible]~~ olvido, que, como la obscura hiedra, cubre poco a poco los sepulcros.

¡Oh, Ana Amalia!... Yo no te doy aún por perdida!... ¡Espero!

En su diario íntimo, Batlle volcó su dolor ante la muerte de su hija, en páginas torturadas.

Ana Amalia en horas dichosas de su vida: las de su estada en París.

Pero, ¡qué vendaval de impotencia, debió sacudir a aquel hombre formidable, que era solamente un padre desesperado que hubiera dado todas las glorias y vanidades del mundo, por rescatar la vida de su hija! Buscará volcar en anotaciones íntimas, su llanto y su angustia: *"Estas líneas son hijas de un deseo de llorar... Son una queja... también una ofrenda, un homenaje: flores que deposito sobre su tumba con el rocío de mis lágrimas; inscripción que grabo en su losa funeraria...*

Son, a más, caricia a la esperanza de hallarla, algún día, no sé dónde, en el seno del inconcebible infinito; protesta contra el olvido que, como la obscura hiedra, cubre poco a poco los sepulcros.

¡Oh Ana Amalia! Yo no te doy aún por perdida!... Espero!... En tanto, ¡que viva en el recuerdo la suave y dulce voz de tu sonrisa, la purísima serenidad de tu mirada, tus líneas helénicas, tu aroma de flor, la claridad de tu razón, la austeridad de tu carácter; tu ser todo, aureolado de lealtad, de bondad, de poesía...!"

¿Estaba aniquilado el titán? ¿La bella flor trizada sobre su pecho había quebrado las fuerzas del gigante que ya no era joven? Algo de sobrehumano hubo en Batlle, que le hizo reincorporarse siempre sobre todos los desfallecimientos. Porque en momento de tal crisis emocional, volvió a lo suyo, que era la dura lucha por sus principios políticos, y con la derrota a cuestas, sangrándole el corazón por la hija ausente, se lanza denodado tras su ideal colegialista, empeñándose en él con un brío que no se hubiera creído posible a sus años y en medio de su tragedia personal. Carácter esquiliano, capaz de enfrentarse solo en la defensa de lo que creía justo y mejor para el bien de su país, cuando sus propios amigos lo abandonan en la hora difícil, la amada sombra lo ilumina con el casto resplandor de la leyenda.

Que eso es Ana Amalia, en la vida de don José Batlle y Ordóñez: la legendaria dulzura....

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

Los dos grandes amores de Batlle: Misia Matilde y Ana Amalia, en 1908.

EL DIARIO DE UNA AGONIA

"Tu eras mi orgullo, mi fe en la vida, mi alegría; yo descansaba de la lucha al contemplarte; eras mi galardón; eras la esperanza de un dulce anochecer de mi existencia".

J. B. y O.

LA suave presencia de Ana Amalia es por siempre, en la biografía de Batlle, una leyenda hecha de gracia, dolor y dulzura, que acompaña sus pasos y le rodea de melancolía hasta la ancianidad. Cuando parecía que la vida iba a repetir el milagro, reproduciendo en la hija la majestuosa belleza de la madre, para que ambas monopolizaran la ternura y el hechizo femeninos, como preciosa dádiva para el recio luchador y en el orgullo cariñoso de los hermanos, Ana Amalia fue instrumento del destino, que hizo de su ser grácil, para Batlle y los suyos, prueba tremenda, dolor sin consuelo ni olvido, llanto y congoja, sobre el abismo insalvable de la muerte.

Manos queridas, han puesto en las nuestras, en este mes de enero que fue el de la partida de Ana Amalia, un patético documento entrañable, guardado con piadosa reserva por sus familiares, a quienes costó mucho esfuerzo leerlo alguna vez. Ingenuamente, la autora advierte: *"No quiero que nadie lea esta libreta, sin mi permiso..."* Se lo pedimos a su memoria, a más de medio siglo de distancia.

Ana Amalia, con su hermano Lorenzo, en Piedras Blancas

Es breve. Se inicia el 5 de noviembre de 1912, para truncarse el 24 de diciembre, un mes exacto antes de morir. Fines de 1912: ha quedado atrás el recuerdo de la jira feliz de toda la familia por el Viejo Mundo, y, desde 1911, don Pepe es, de nuevo, Presidente de la República. Pero de aquel viaje se trajo el oculto y solapado enemigo: el contagio del mal implacable que fue minando los pulmones de la adolescente. Bajo esa fecha inicial, Ana consigna su enfermedad: *"Hace 6 meses y 17 días que estoy enferma! Cuál es mi enfermedad, no sé seguro, pero me inclino a creer en una... Yo se los he dado a entender varias veces en casa, que yo conozco lo que tengo".*

Desde el comienzo, lo ha sabido. Y esa veintena de páginas confidentes son el reflejo de sus sensaciones, mientras el mal avanza, y ella mide los días, largos, repetidos, angustiosos, corriendo hacia el fin. Apenas con 17 años, a la edad de los sueños y las ilusiones, su universo está reducido a los límites del hogar, al sillón de inválida, al ritmo que los tratamientos médicos imponen a cada jornada, asida a la posibilidad de una curación que se ve cada vez más remota. Duele y conmueve la lectura, agobia, aunque jamás trasunte desesperación, queja, rebeldía: apenas si insinúa el gozo que sería poder caminar, volverse a sentir sana. Pero sin un grito, sin una protesta. Fluye una apaciguada serenidad; la convicción, acaso, de lo irremediable, apenas disimulada por el afán de quererse convencer de que aún queda alguna esperanza. Y admira el coraje, la resignación, la entereza de una muchacha crecida y formada en la regalonería, el mimo, el halago hogareño, que aceptó su suerte de frente, sin sentirse víctima, sin exhibir su pena para ahorrarla a los otros en lo posible, sin convertirse en mártir. Al contrario, de ella misma sacó fuerzas para ayudar a los suyos a sobrellevar el dolor que su desventura les causaba. Una vez, sólo una vez, en los últimos momentos, expresó tímidamente "deseos de llorar".

Este "Diario", tan distinto al de cualquier jovencita de su edad, es un verdadero itinerario de su agonía, sin alardes, sin autocompasiones. Conoce su mal, y al principio, pone su fe en su médico, el ilustre Ricaldoni, y se confía a sus desvelados enfermeros, los mejores del mundo: sus padres. Narra descarnadamente las peripecias domésticas de un convivir hogareño que el soplo amenazante de la tragedia ha ido centrando en ella, la rutina cotidiana a que su enfermedad obliga, los cuidados maternos durante el día, los turnos de César y Rafael —demasiado niño todavía Lorenzo para ello— hasta que el padre los releva de madrugada. A veces, se le escapan observaciones como ésta: *"Los días me resultan largos a veces, y monótonos casi siempre".* Pero no quiere entristecer a nadie, y sólo en su libreta recoge de vez en cuando, asomos del subconsciente, palabras o frases que revelan más de lo que ella quería decir. La esperanza en los días soleados, como si el buen tiempo renovara su confianza. Otro espejismo —¿creería de veras en ello?— es la perspectiva de cambiar de aires, se trate del viaje al Arazatí, o del planeado viaje a Europa que no llegó a realizarse. La entusiasma el traslado a la estancia de la familia Puppo, que se cumplió venciendo muchas dificultades y fatigas. Sigue con interés los preparativos en torno suyo: *"todo está en movimiento, menos yo, que tengo que estar impasible en mi sillón".*

La pobre quieta —que nos hace pensar en aquellos versos magníficos de Luisa Luisi: *"Yo soy la piedra inmóvil junto al camino vivo..."*— pasaba largas horas, en la quinta de Piedras Blancas, en una casilla que don Pepe había mandado construir para que permaneciera al aire, pero protegida, el mayor tiempo posible. *"Su aspecto es muy lindo, es de madera y cristales"*: en todo mostraba su dulce conformidad. Pero, claro está, ella hubiera elegido la libertad de andar, moverse, caminar. Acaso, otro clima, los aires de la estancia... pero la inquieta, en medio de todo, el temor de *"que en estas andadas puedan hacerle algo a papá".* La vida de su padre, es su obsesión.

El 7, ubicada en su inseparable sillón hacia el que se muestra agradecida —¡pobrecita!— pues *"con sus grandes ruedas suple mis piernas"*, contempla el jardín, bajo un gran naranjo que la resguarda del sol. Va atardeciendo, y la dócil postrada, acaso como reacción de una juventud que se desmorona, vibra con el espectáculo de la naturaleza, revelando una fina percepción sensitiva, a la hora *"en que el sol se esconde en el horizonte, que los pájaros se recogen en sus nidos, y las ranas, sapos y grillos comienzan a dejar oir sus simpáticas vocecitas. Desgraciadamente es a esta hora tan linda que yo también me recojo (a pesar mío). Pero no importa! Yo contemplo a mis anchas toda la inmensidad del campo! ¡Qué tranquilidad! ¡Qué melancolía! ¡Cómo me gusta esto!"* Sí, tenemos lo escrito por ella. Pero, ¿cuáles eran sus pensamientos más íntimos, qué temores y dudas la asaltaban, qué anhelos juveniles inmolábanse en su renuncia de cada día?

Escribe, el 8 de noviembre: *"Estoy sentada bajo un gran naranjo; en la capota de mi sillón siento el golpe de los azahares que se desprenden del árbol"*: en la poética finura de la observación, está el reclamo de la luz, del sol, de la vida exterior; de esas líneas se desprende toda una estampa, que sería la luminosa de la juventud y el estío, si no supiéramos que la rondaba la sombra de la muerte.

Pasan los días sin que sean propicias las condiciones para el viaje al Interior. A veces no se siente bien, empeora, decae; su padre la rodea de cuidados; todos se multiplican en torno de Ana para aliviar su padecimiento. El 15, mejorado el ánimo, si no la salud, comenta: *"Ha salido el sol! "Oh soleil je t'adore". Estoy tan contenta de verlo que no he podido menos que pescar esta frase del "Chanteclair" de Edmond Rostand para saludarlo".*

INDEPENDENCIA
CONTRADICCIONES

La incidencia fue promovida por su propietario el doctor Francisco Torres Insargarat, sosteniendo que *"las aceras internas de las galerías serán del tipo y calidad que los propietarios juzguen conveniente, prefiriéndose la baldosa estriada..."* en lugar de las losas de granito labrado que requería la Ordenanza aprobada.

Como argumento fundamental aludió al derecho que tenía de *"disponer libremente sobre el uso de las galerías en las que sólo está obligado a conceder SERVIDUMBRE DE TRANSITO LIBRE Y FRANCO"*.

Amparó sus pretensiones en las escrituras otorgadas por el Superior Gobierno en 26 de abril y 8 de junio de 1837 ante el escribano Manuel del Castillo referentes a donaciones de terrenos hechos a Santiago y Genaro Rivas".

OPINA LA INTENDENCIA

El señor Ramón V. Benzano que, en esa época, se encontraba al frente de la Intendencia desestimó ante la Junta la pretensión del propietario. Refiriéndose a la ley de 1885 que exigía el empleo de *"materiales sólidos y adaptables a juicio de la Junta Económico-Administrativa"*, el señor Benzano sostuvo, entre otras cosas, que la galería había perdido *"el carácter genérico y común a todos los bienes, puesto que de ella no puede usar ni abusar su dueño, en razón de que su dominio se halla restringido a limitaciones concretas"*.

Con respecto a las servidumbres añadió, para reafirmar su opinión, que estas limitaciones *"como las aceras, las vías, las sendas y pasajes, sobre todo cuando se hallan consagrados por la acción del tiempo perfectamente constituídas, pertenecen al uso de la población, porque entonces revisten el carácter de bienes destinados por su propia naturaleza al goce común del pueblo"*.

A raíz de tal planteamiento la Junta requirió el pronunciamiento de la Asesoría Jurídica Municipal a cargo del doctor A. Arocena.

Dicho letrado se expresó en sentido favorable al criterio sustentado por el Intendente Municipal.

Al referirse a las escrituras de donación que hemos mencionado, el Dr. Arocena dijo: *"Esas escrituras constituyen un DOBLE TITULO. Uno, a favor de los señores Rivas de dominio sobre las parcelas donadas y OTRO, a favor del público constitutivo de una servidumbre libre y franca de tránsito por la galería"...*

Estas consideraciones le sirvieron de base para sostener que la servidumbre constituída sobre el terreno que ocupaba La Giralda, no eran de aquellas que gravan un predio llamado "sirviente" en favor de otro llamado "dominante" sino que se la había constituído a favor del público y de consiguiente, *"las aceras interiores de la Galería de la Plaza Independencia, están al cuidado de la autoridad competente investida por la ley con la facultad de organizar y ejercer las que le acuerda la ley de 8 de julio de 1885"...*

En conclusión añadió: La pretensión del propietario de *"arrogarse la facultad de determinar los materiales que han de emplearse en la construcción de las aceras de la Galería es inadmisible y contrario a la ley que confiere esa facultad a la Junta..."*

No obstante estas opiniones favorables y el apoyo que la Junta prestó al asunto planteado, el tema fue elevado en apelación ante el Poder Ejecutivo.

La vista del fiscal de Gobierno fue remitida a la Junta solicitando que se aclarara si la servidumbre de tránsito libre y franco que se argüía por las partes *exigía que la clase de pavimentación pueda imponerse por la Junta.*

"En manera alguna" —dijo el fiscal—, *"desde que, en cualquier forma, queda el tránsito libre y seguro"*.

Este ejemplo encontró imitadores en otros aspectos. El Victoria Plaza Hotel, el edificio de la Ciudadela y otros, plantearon modificaciones a las Ordenanzas vigentes con respecto a los materiales que podían utilizar en las columnas o la altura que debían adoptar para sus estructuras.

LA EPOCA ACTUAL

Así llegamos al presente. A su renombre de gran Plaza se deben asociar el recuerdo de los prestigiosos técnicos que bregaron por imponer sus ideas, en defensa del futuro que vislumbraron. De un futuro que recordará los sinsabores y tropiezos que debieron superar. Pero que hablará, también, de los cambios que las técnicas modernas introdujeron y que adoptarán para mantener su jerarquía.

Edificios importantes como el Palacio Salvo, el Victoria Plaza Hotel, el Edificio Ciudadela, el futuro Palacio de Justicia cambian su fisonomía, para ponerla a tono con los adelantos y modalidades que los arquitectos, urbanistas e ingenieros de hoy aplican a las grandes ciudades del mundo.

Montevideo aspira a ser una de ellas en proporción a lo que es y será como capital de un Estado joven y progresista.

¿Cómo evolucionará esta Plaza en los años venideros?

¿Qué intervención les corresponde asumir a las autoridades municipales para mantener la tradición que hemos heredado?

Son preguntas, que procuraremos analizar en lo que podamos, para tentar alguna respuesta.

Ing. Ponciano S. TORRADO

(Especial para EL DIA)

(Fotos del Archivo Municipal)

Los edificios modernos dan a la Plaza Independencia una nueva fisonomía, haciendo contraste con la vieja arquitectura que nos trajo el ejemplo de lo que fue la Plaza a fines del siglo pasado. Mientras tanto, el Teatro Solís se transforma en una joya arquitectónica que trasmitirá nos a las nuevas generaciones, junto con la Puerta de la Ciudadela que mira hacia el pasado.

LA PLAZA
ACIERTOS Y

La columnata revestida de granito pulido, material noble y rico, hace posible el conjunto sobrio y armónico de las nuevas concepciones. Estas aseguran su predominio sobre las viejas formas que sobreviven en predios que dieron frente, a lo que una vez fue, el principal reducto del Montevideo Colonial.

LA OBRA PUBLICA COMO RECURSO

A los antecedentes que hemos reseñado agregaremos ahora, las decisiones que habrían de culminar en 1877 cuando el gobierno de la época, en manos del coronel Latorre, dio forma definitiva a la Plaza Independencia.

A la guerra con el Paraguay sucedieron los acontecimientos políticos que culminaron en el "AÑO TERRIBLE" (1875). El país fue sacudido, entonces, por una seria crisis económica que preparó otra más grave, la institucional, que trajo poco tiempo después la entronización del despotismo militar en el gobierno de la República.

Como compensación se manifestó una fuerte tendencia hacia las realizaciones públicas. Impulso que tuvo repercusión favorable en diversos aspectos. Se dictaron leyes que tuvieron una incidencia especial en la regulación de las relaciones entre las personas privadas y entre éstas y el Estado.

La promulgación de varios Códigos y la creación del Registro de Estado Civil, es un ejemplo. Las nuevas corrientes educacionales nutridas con las ideas varelianas encontraron eco favorable en la población.

A todo esto se recurrió —como recurso correctivo— a la creación de la Escuela de Artes y Oficios y se prestó atención a las obras públicas.

Esta inquietud se hizo sentir en la Capital. Entre otras iniciativas se consideró que las grandes plazas eran *"una necesidad reconocida por la ciencia"*.

Jugaban, en este pensamiento, el concepto de higiene y la necesidad de contribuir al *"embellecimiento material a que deben también atender los Gobiernos"*.

Por esta razón, al analizar las condiciones de la Capital, se sostenía que Montevideo, a pesar de ser la más importante de las ciudades del país, *"no sólo por el número de sus habitantes y el desarrollo de su comercio"*, sino, también, por ser *"la residencia fija de las principales autoridades del Estado,* no gozaba de esos beneficios".

Refiriéndose al estado en que se encontraba la Plaza principal se recordó que *"la opinión pública se había manifestado elocuentemente en el sentido de que debe ser anexado al sitio que ocupa la Plaza Independencia el solar donde estaba situada la antigua Ciudadela de Montevideo que acaba de ser demolida"*.

Entre otras consideraciones, no menos importantes, el Gobierno se negó a enajenar ese espacio, —solución que se había propuesto para atender la difícil situación del Tesoro Nacional— y sostuvo, en cambio, la conveniencia de ampliar los límites de la Plaza.

Como medio de lograr ese propósito utilizó una razón sentimental. Se dijo, en efecto: *"uno de los medios de solemnizar las efemérides gloriosas de la Patria, es el de erigir monumentos que perpetúen su recuerdo"*.

Como resultado se resolvió, por fin, anexar *"al sitio que ocupa la Plaza de la Independencia y bajo la misma denominación, el solar que ocupaba la antigua Ciudadela de Montevideo"*.

Resolución que tuvo plena vigencia hasta el presente.

Dispuesta la demolición del viejo Mercado, la Puerta de la Ciudadela se destinó a ornamentar la "Escuela de Artes y Oficios", de donde fue trasladada al lugar que ocupa, como recuerdo permanente del pasado.

ANECDOTAS Y LITIGIOS

La historia de esta plaza, nos trae el recuerdo de algunos planteamientos interesantes en lo Contencioso Administrativo. En particular, las motivadas por la interpretación de las Ordenanzas Municipales que se dictaron para regular el Ordenamiento de la Plaza. Algunas en contraposición con los derechos de que se creyeron asistidos los propietarios frentistas, en virtud de los acuerdos celebrados con el Gobierno de la República en el año 1837.

Ya nos hemos referido a lo que ocurrió con el avance de una "vara" en todo el frente del predio donde se levantó el Palacio Salvo.

Agregaremos —como dato ilustrativo— la reclamación a que dio lugar la aplicación de la Ordenanza de 1911, —sobre construcción de Veredas— a ese mismo predio, ocupado entonces por el Café "La Giralda"

Esta fotografía apareció traspuesta en nuestra edición del día 9 de este mes, publicada al revés, lo que hacía difícil al lector desorientado el reconocimiento de los lugares. Muestra el costado Sur de la Plaza Independencia como era a principios de siglo. Se aprecian los "Arcos de la Pasiva" ideados por Zucchi y la columnata de Poncini. Al frente de la foto se ve el lugar que ocupaba el Café La Giralda, cuando se demolió para levantar allí el Palacio Salvo.

JSHUR

Dajshur es otra necrópolis, al sur de Sakarah. Se la señala en los textos, porque una de sus pirámides, la que mejor se conserva, tiene caras a doble pendiente y significa una excepción de la regla que se fijara, desde hace unos años, para la condición de la pirámide, como edificio tumbal canónico. Otra excepción sería Meidun. Y como tales se las indica. Hecho, se sigue adelante

Dajshur no es lugar frecuentado. Creo que no lo es, tampoco, por quienes, ahora, seriamente, atentamente, se dedican al estudio más profundo de los aportes de la compleja cultura faraónica. No es sitio de fácil acceso; carece de interés inmediato. Ni siquiera hay, por sus alrededores, merenderos o camellos enjaezados donde fotografiarse o sobre los que cumplir la experiencia de una carrerita incómoda. Se llega a la zona en auto o jeep; los autobuses no se arriesgan a proponer excursiones colectivas; no tendrían clientes para justificarlas. Pues bien: el vehículo se interna por el desierto y el camino es suficientemente firme para el viaje hasta la pirámide de Senefrú: una mole de menor entidad que la famosa de Kjeops en Guizah. No está habilitado el acceso. No se descubre el entorno ni los elementos que constituyeron su conjunto. La superficie de las caras es irregular por el maltrato de las tormentas de arena, por el lijado permanente de éstas sobre la piedra, que aparece porosa y parcialmente destruída. No obstante, la mole se sostiene; es una unidad valiosa, íntegra. Y afirma, con pertinacia, su destino de masa regular, fija, levantándose altiva dentro de la sequedad del desierto, en un lugar yermo, que el aderezo turístico no ha pervertido. Sí; sobre la extensión inhóspita, sin rastro de cultivo, sin posibilidades de vida, la vitalidad del monumento es un disparo fálico; es la impronta del hombre; es, otra vez, el símbolo de la fertilidad. Una fertilidad que no se ajusta a las condiciones del oasis, que no requiere la cercanía del hombre ni del huerto; que se asegura por otra existencia imperiosa, la de la pirámide misma, hecha cuidadosamente con materiales inertes. Pero éstos, aparte de su estructura humana, respuesta a la acción del hombre, afirmativa y serena, se de-

enden del paso de los años. Y si sufre el desgaste, queda en la superficie, como una rozadura sobrenatural.

A lo lejos se dibuja la pirámide excepción (?); que tiene caras a doble pendiente y de la que no se sabe, todavía, a quién perteneció, quién la mandó construir. Pero ya no es tan fácil el camino para alguna forma de acercamiento motorizado. Y, entonces, hay que largarse sobre la superficie blanda de las arenas y caminar sin pausa hacia ella, cada vez más lejana, bajo un sol abrumador, pesante.

La ruta es penosa, dura. Se trata de unos pocos kilómetros, pero cumplidos sobre la inestabilidad de la superficie que se aprieta con nuestro peso, que obliga a un paso artificioso, quiebra todas las resistencias. Se llega exhausto; pero se llega. Y la penuria está compensada.

De todos modos, la aventura y el dolor que conlleva — que será más fuerte al día siguiente — no queda cumplida con llegar. Ni uno puede, en rigor, mantenerse allí contemplando la cosa desde la pobre sombra ansiada que el tremendo volumen proyecta sobre el suelo caliente.

La pirámide se inicia con planos poco inclinados, comparativamente; luego, a una altura determinada, la pendiente cambia, se inclina más y alcanza el vértice apuntado. Alguien dijo, alguna vez, que esta estructura doble se debió a que, iniciada la construcción de la mole, sus realizadores se dieron cuenta de que, con tal inclinación, el volumen llegaría a ser demasiado alto; entonces cambiaron la dirección para llegar más rápida y efectivamente a la meta. Se trata de una explicación que nadie, en su sano juicio, puede entender por qué sigue vigente. Pero continúa exponiéndose, no obstante, por quienes parecen estar, de cierto, en su sano juicio. Aceptar tal razón es desconocer la firme solidez del pensamiento, de la cultura toda que sostuvo el Egipto faraónico. Imprevisiones? ¿Cambios de planes en mitad de la ejecución? Todo esto, ¿después de la experiencia, de modificaciones asentadas y bien definidas para el logro del ejemplo capital primero — nunca seguido luego — de la pirámide escalonada del Rey Zoser de Sakkarah? Tanto valdría suponer que, en alguna instancia del proceso maduro de una civilización tan coherente, se pudo caer — dentro de los rituales mortuorios — en torpezas, en imprevisiones. Además, sólo es necesario verla para advertir su unidad; cómo todo responde a un plan definido.

El interior resulta poco espectacular; y también difícil de acceso. La puerta se abre a bastante altura; y desde ella, un corredor muy bajo y angosto se introduce en la tremenda masa: por él puede uno deslizarse varias decenas de metros sin hallar nada; salvo la experiencia de las proporciones; la relación con el espacio que no se pensó jamás que pudiera ser visitado por ser humano.

La superficie de la doble pendiente se encuentra, como es previsible, parcialmente destruída o dañada. Pero buena parte de las caras conservan, todavía, el revoque que las cubre. Es una capa menuda, blanca, de consistencia liviana; parece imposible que se haya mantenido durante milenios y que por milenios siga allí, pronta a descascarse, a caer sin violencia.

La acompañan otras pirámides menores, con accesos más claros; y tiene agregados templarios; pero, además, — y esto es lo importante — se advierten muy bien los vestigios del conjunto tumbal. Recuerdo que una pirámide — cualquiera de ellas — no es sino parte de una unidad gigantesca; que a ella se agregan templos y caminos techados — dromos — todo lo cual se extiende en la imponente superficie desértica, sin recato ni preocupación por la amplitud desmesurada de los planes.

El templo llamado prodromo, el antecedente, por donde se accedía, donde se cumplían los rituales post morten, se levanta a lo lejos; quedan restos bastante claros de él. Y queda la marca imperecedera, sobre la superficie arenosa, del camino, del dromos, que se puede recorrer, sintiéndose intruso en un ritual sagrado.

Más lejos otras pirámides; algunas de ladrillo. Ya aludí a ellas.

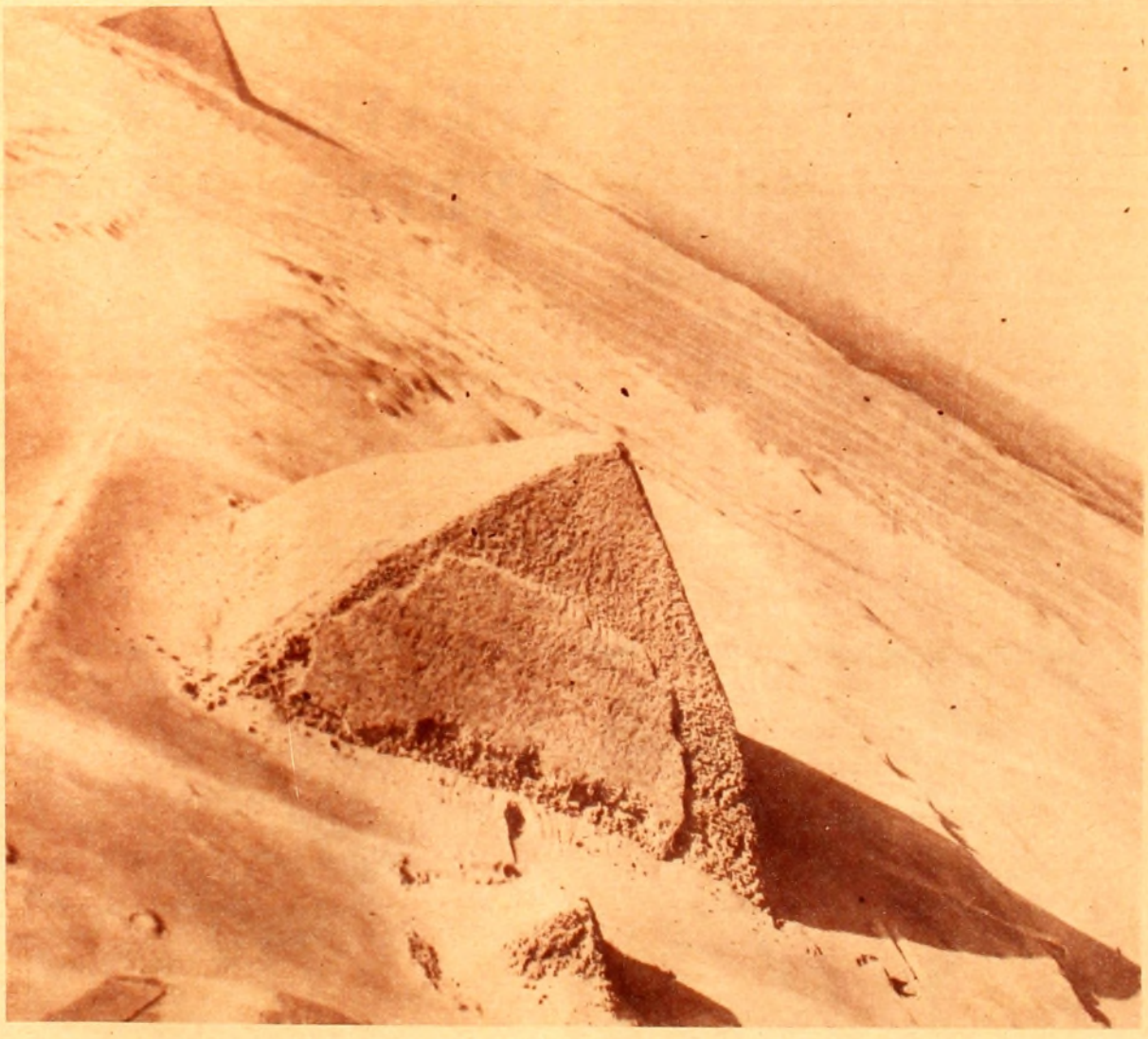
Se vuelve a Senefru y la ruta vuelve a ser penosa. Tanto más porque la experiencia insólita cumplida queda atrás; y uno se aparta de ella. En rigor, querríase mejor permanecer en el sitio. Se ha tomado contacto con otro aspecto y una nueva dimensión del misterio. Y de la grandeza. Que es grandeza de hombres.

También uno piensa, al cumplir la inevitable y fatigante vuelta, — empiezan a doler los músculos y las articulaciones se resienten— que estos monumentos merecen atención mayor. Y, en seguida sobreviene el temor: ¿si el turismo lo transforma? ¿Si el misterio se abarata? ¿Si vienen camellos y guías? Pues si eso ocurre, también algo se habrá quebrado para siempre. Porque son el infinito y la soledad los integrantes más fuertes, más definitorios de esa cuestión mágica. No quiero explicarla; la magia existe; como existen estas pirámides, aunque permanezcan como simple referencia lateral en los textos mejor conocidos.

Arq. Fernando GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)

El acceso a la pirámide doble pendiente en la actualidad.



Perspectiva aérea de la Zona de Dajshur. Adelante, la pirámide de doble pendiente; el sromos marcado a la derecha y una pequeña pirámide de familiar menor. Más lejos de Senefru. Y dondequiera, el desierto, la soledad; el silencio.

La gran pirámide desde el templo Prodromos que forma parte del conjunto tumbal.

DAJS

DIJE más de una vez que el nombre de Egipto se vincula, siempre, a lo faraónico, como si en el valle del Nilo todo hubiera comenzado y concluido con la gran cultura antigua; como si no contara su continuidad histórica y su presente. La asociación es gratuita. Pero estamos, naturalmente, ligados a una serie de prejuicios sintetizadores del conocimiento y éstos siguen pesando en nuestra formación; de poco o nada valen las realidades que continuamente nos asisten y debieran liberarnos de tan singulares torpezas, de tanta pobreza formativa.

Las simplificaciones —o simplicidades— continuan en este rubro, como en otros. Egipto, faraones, pirámides. Y al hablar de pirámides, surge la imagen imperativa del conjunto de Guizah, cercano a El Cairo. Se impone más: la versión de una mole pétrea imponente, rigurosamente estructurada con caras geométricas, talladas en planos estrictos; medidas y nutriéndose de cierta vagorosa matemática mágica. El misterio trasciende de sus magnitudes y emplazamientos. El colosalismo de la montaña artificial pétrea se impone a la imaginación. Y nos turba cuando llegamos hasta ellas.

Las tremendas construcciones, sobrehumanas, respuesta material, a una técnica inconcebible para la época en que fueron realizadas si seguimos atados a la idea del desarrollo y del progreso, suponen algo más que la obtención de perpetuidad. Y más que la fijación del misterio. Es fácil creer en una multitud de esclavos azotados, martirizados, llevando piedras, subiéndolas con dolor y sangre y esfuerzo inaudito a la altura; agrupándolas, ordenándolas, fijándolas, asegurando el esquema integral prefijado. Claro que se puede documentar que no era, aquélla, etapa de esclavos. Y más claro resulta que, pese a las supuestas multitudes laboriosas, nada esclarece ni puede explicar cómo se elevaron, realmente, las pirámides. Sabemos que están ahí; y sabemos que sirvieron para guardar, durante la eternidad, los cuerpos muertos de los reyes de algunas dinastías. Es decir: no sirvieron. Aquélla fue la intención: rescatarlos para siempre. Pero todas acabaron por violarse, aunque los recursos dispuestos a fin de asegurar su función, se reconocen como inventos magistrales.

Ahora bien: cuando la noticia sobre el tema se hace algo más amplia, cuando el capítulo se enriquece con mejor conocimiento, no debe quedar aparte la referencia cuidada al recinto de Zoser, cerca de la antigua Menfis, dentro del que se erigió la pirámide, documentada como primera en el tiempo. Es escalonada, también en piedra, con el recinto mortuorio debajo de la mole. Su particular perfilado, la comprobación efectiva de agregados y ampliaciones en la masa, dio, asimismo, base a algunas teorías bastante torpes, que suponen explicar el porqué de su condición y de sus antecedentes normales. Pero nada es normal en este tema. Ninguna explicación satisface. Ninguna sirve. Cuenta —y mucho— su presencia; y las relaciones que guarda con los grandes monumentos megalíticos de la prehistoria. Estos tampoco se entienden. Cuando ello ocurra, estaremos más cerca del misterio de las pirámides. Pero la circunstancia no se ha dado aún. Y es difícil suponer que advendrá, algún día, si seguimos comportándonos de acuerdo a esos prejuicios simplificadores, tan livianamente tontos, que persisten en los textos y se sustentan por autores serios, de reconocida competencia y gran erudición.

Nada es normal, repito. Ni el origen, ni la erección, ni la existencia de las masas geométricas, ni, al fin, el destino que tuvieron. Porque no cumplieron su razón de ser. Porque las gentes, estremecidas de emoción ante ellas, también limitan la posibilidad de sus sensaciones. Se constriñen a la visita de Guizah, repito. A veces se extienden a Sakkarah. Y saben que existen —se las ve de lejos— otras pirámides: más apuntadas, de caras con doble inclinación, sobrepuestas. Eso sí: nadie deja constancia de que las hay de ladrillo. Y que son importantes; que están en pie. Pero otro de los principios orientadores del conocimiento estableció que la arquitectura egipcia era pétrea en oposición con la mesopotámica, de adobes y cerámica cocida. Se acepta, cuando el punto llega a ahondarse, que existe un origen edilicio en el barro. Lo que sigue silenciado es que la utilización del limo nilótico en panes, trabajados como sillares, siguió en uso. Y que permitió, elevar, también, alguna pirámide. La erosión de las arenas del desierto, que es muy fuerte, destruyó, sin duda, otros restos de construcciones erigidas con igual materia. Y esto se admite para las reconstrucciones de casas y palacios. La aceptación de dicha tarea tradicional, del mantenimiento de una técnica que no podían haber desconocido los egipcios, ni despreciado porque sí, según decreto estilístico, queda evidenciada hasta la saciedad por esas moles oscuras, roídas, pero firmes, en las cercanías de Dajshur. Los teóricos, que sentaron sus principios de análisis cuando tenían bien poca documentación a su alcance, fijaron la identidad: egipto-piedra. Con igual desparpajo canonizaron a los estilos. Pero los egipcios no eran esteticistas ni sabían nada de estilística. Y eso les da una gran superioridad sobre nosotros, pobrecitos mortales formados en el criticismo catalogador del siglo XIX.

Dashur: pirámide de doble pendiente: el diseño aparece, en este caso, muy claro.

comenzaba a dejar sentir su rigor. Las manos nos pedían guantes y tuvimos que calárnoslos. La conversación fue suspendida y tuvimos que distanciarnos diez metros uno del otro, en una medida de precaución muy eficaz para cruzar sitios peligrosos como éste... Yo iba adelante, como conocedor del camino. Ya habíamos terminado de cargar nuestras armas con munición nueva cuando la neblina nos cubrió y la ventisca empezaba a azotarnos el rostro. ¡Habíamos llegado a la puna, cuya travesía dura dos horas! Abrigados por el capote y cubiertos por el poncho, íbamos con la cabeza gacha para cuidar los ojos de la escarcha. La neblina era tan espesa que yo no veía a mi auxiliar ni él a mí. Este sitio es muy peligroso por los animales salvajes que pululan por esta zona y que atacan al hombre, tales como el león peruano, el tigrillo, el oso, las hienas, etc. Como quiera que no nos podíamos distinguir el uno del otro, cada cierto tiempo tocábamos un silbato para no distanciarnos demasiado y dar lugar a que mi acompañante pudiera perderse.

Una vez más en esta travesía pude comprobar la grandeza del "noble bruto"; paso a paso, lentamente, llevándome sobre sus lomos con paso firme y seguro, no se apartaba del camino; de repente, parando sus pequeñas orejas hacia adelante se detuvo en seco, como queriéndome avisar de cualquier peligro. Presto desenfundé mi revólver y arma en mano esperaba el ataque. Ya mi compañero se me había acercado en la misma actitud y nos cuidábamos la espalda. Hice esfuerzos por distinguir algo entre la neblina, pero fue inútil. Noté en el rostro de mi compañero cierta inquietud porque era la primera vez que prestaba servicios como Rural, después de haberse acostumbrado en ciudades. Pero me gustó el muchacho; no perdía el aplomo y empuñaba con seguridad su arma. Cuando los caballos de por sí iniciaron la marcha, nos dimos cuenta que el peligro había pasado. En efecto, instantes después escuchamos a lo lejos el feo gruñido de un tigrillo; para tratar de amedrentarlo y ahuyentarlo más aún, hice dos disparos al aire.

Por espacio de una hora continuamos sin novedad. En la jalca musgosa cubierta de hielo, los cascos de los caballos lo quebraban como si caminaran sobre una inmensa lámina de vidrio. El pobre animal sacudía con frecuencia la cabeza con el vehemente deseo de librarse del hielo que se le amontonaba entre las orejas y sobre los párpados. Muchas veces lo ayudaba en estos menesteres frotándole con la mano enguantada la frente y los carrillos. El intenso frío nos había entumecido las piernas; más las rodillas porque en esa parte el pantalón de montar es estrecho. Mi compañero se me acercó para preguntarme si faltaba mucho para terminar el pase de la cordillera y cuando lo hizo, los labios se le rajaron dejando notar dos hilillos de sangre que rápidamente se coagularon. Olvidó la advertencia que le hice y por hacer un gesto me pasó lo mismo.

Terminada la travesía de la puna, el sol nos acariciaba suavemente. Hicimos un descenso de 400 metros hasta llegar a un valle. A la orilla izquierda del río se notaba una ancha faja verde (Kkomer) de grass. Hasta allí nos llegamos. Eran las cinco de la tarde y habíamos salido a las ocho de la mañana. Escogimos ese sitio para almorzar y descansar (si es que a esa hora se le puede llamar almuerzo). Sobre la alfombra verde de la yerba tendimos los ponchos para que acabaran de secarse. Desensillamos los caballos y los dejamos que pastaran. El descenso duró una hora y a las seis de la tarde reiniciamos la marcha. El sol comenzaba a ponerse... ¡Qué espectáculo maravilloso nos ofrece un crepúsculo en las serranías! Con la noche vino nuevamente el frío, y la luna (Quilla) en todo su esplendor. Ya a los lados del camino se notaban los sembrados (Allpa) y algunas chozas de los indígenas. Conversábamos poco y fumábamos (pitai). Quise ensayar una canción pero los labios me lo impedían; teníamos que hablar (rimai) despacio.

Después de dos horas y media de camino —a continuación del descanso— llegamos a nuestro destino. El diminuto pueblito dormía en medio de un alarmante silencio que llamó la atención de mi auxiliar. Uno que otro perro al sentir las pisadas de nuestros caballos, ladraban furiosos. Luego, ¡qué bien nos vino un sueño reparador en mullidos lechos!...

A la mañana siguiente comenzaron a llegar los invitados: hacendados con sus familiares, arrendatarios, pequeños propietarios de terrenos, los indios más distinguidos que vestían como "gente", y el resto de la indiada con sus vestidos típicos. Los hombres con camisa de tela burda a rayas, con pantalones ajustados en forma de tubo hasta media canilla, ojotas o yanques constituían todo su calzado, sombrero de junco y poncho rojo con pequeñas rayas amarillas en los bordes; al cinto el infallable machete en su funda de cuero. Las mujeres anucos o polleras de gruesa tela de lana de color negro que es su preferido y que ellas mismas hilan y tejen, sujetándolas a sus cuerpos con un grueso ronzal de cuero; blusas de género corriente en colores chillones, pushea o manta de color marrón oscuro que les cubre desde la nuca hasta los talones, la que se anudan con un lazo en el cuello; sombreros de junco de fina confección que compran especialmente en la costa. Bajo el sombrero, cubriendo la cabeza, la nuca y parte de los hombros, pañuelos. Estos pañuelos son de varios colores y denotan diferencia de clase social entre ellos, cuanto más de ellos se ponen. Descalzas. Como adornos llevan en las muñecas de ambas manos, pulserillas de mostacías o de cháquiras pasadas en piola. Sortijas de plata en todos los dedos a excepción de los pulgares. Desde cuatro a ocho collares de acuerdo a su rango social; estos collares llevan cuentas de boliches, centavos chicos, piedras, pedazos de metal o cualquier otro objeto que se pueda traspasar para hacer un collar. Solamente las mujeres indígenas desconocen las prendas íntimas, no así los hombres que usan la ropa interior con toda regularidad. En las jóvenes doncellas indígenas he podido apreciar en comparación con las muchachas civilizadas, los mejores bustos de mujer que haya visto en mi vida; con la perfección de una Venus gracias al desuso de cierta prenda íntima que dificulta el normal desarrollo de los senos en la edad de la pubertad. En cuanto a las piernas huelgan los comentarios, ya que logran su robustez merced a los continuos ejercicios de caminar en pendientes y cerros por lo menos veinte millas diarias. Esta perfección muere en los tobillos que son descomunalmente desarrollados.

A las siete de la mañana del siguiente día emprendimos el viaje de regreso a Cañares con mucha suerte, ya que no llovió y el sol brilló todo el día... Había vivido una nueva aventura, muy bien matizada, y había tenido oportunidad de practicar algunas palabras en quechúa...."

Olga ALFONSO BARROS

(Especial para EL DIA)

En la placidez del paisaje, apreciamos una típica vivienda indígena, bastante similar a la de nuestro campo.

¿Millones está enseñando a contar al indiecito? Su car denota recibir alegremente los conocimientos.

En zonas apartadas, la comisaría, aún en su pobreza, es un símbolo de fortaleza en defensa legítima de la población indígena.

Cada grupo indígena se distingue por una característica especial: el de la presente nota gráfica, de Chamas del Río Ucayali, se manifiesta en un corte especial del cabello. La expresión de sus rostros (algunos sonrientes), su vivienda, y aún su vestimenta, nos revela estar frente a un grupo bastante avanzado.

ATRAVESANDO LA CORDILLERA ANDINA, EN CABALGADURA

LA majestuosidad de nuestra America, con sus imponentes pasajes selváticos, presenta siempre la irresistible atracción de un enigma, que ni aun Perú, — centro de una civilización admirada en el tiempo — ha podido develar... Su población indígena, muy elevada, tiene en los integrantes de su Guardia Civil, a quienes le protegen de toda intromisión del blanco: son sus amigos, y como tales les reciben felices.

El Guardia Civil, habituado a extensos trayectos atravesando poblados y descampados, conoce la selva palmo a palmo: por ello no pudimos resistirnos al deseo de solicitarle a nuestro simpático amigo, el joven oficial de la Guardia Civil Peruana y periodista de fuste Carlos Millones, que nos relatara una experiencia de sus viajes.

El nos responde con una sonrisa complacida, escapa de sus labios una bocanada de humo, y lentamente, con su acento que a los uruguayos tanto nos atrae, da comienzo a la narración de la aventura que habrá de llevarnos a través de la selva de su país, desde Cañares a Incahuasi...

*

"Como las pretensiones de hacer este viaje por carretera me ocuparían tres días, decidí hacerlo en cabalgadura en 9 horas, atravesando la cordillera. A ambos lados del ramal occidental de la Cordillera de los Andes están situados los dos pueblos que debía unir en esta ocasión. Ya que Incahuasi está situado a mayor altura que Cañares, las pendientes hasta coronar la puna fueron muchas. Salí acompañado de otro Guardia Civil a quien llevaba como auxiliar por ser todavía bisoño: los servicios que prestamos nosotros los Rurales, se hacen en pareja, nunca uno solo; el más antiguo en la Institución va como Jefe de Pareja, y el menos, como auxiliar. Desde que cruzamos el primer río, el sol (rupay) nos acompañó dos horas más, al término de las cuales se desencadenó una fuerte lluvia — en esta época son muy frecuentes en la montaña de esta parte — con el acompañamiento infalible de rayos, truenos y relámpagos a los que estamos acostumbrados. Empezó la jarana que parecía una batahola; diríase como que el cielo se quisiera juntar con la tierra... Era una diabólica sinfonía que al viajero lo invitaba a proferir denuestos cuando éste era un arriero. La espesa vegetación que por la parte superior cubre los caminos, nos defendió un poco al principio. El olor de la tierra húmeda se confundía con el de las diversas plantas en coqueto contrapunto. Las aves todas se escondieron en sus nidos. Ni los bullangueros loros que momentos antes nos acompañaran por trechos, dejaban oir sus chillidos. El gruñido de los osos y el silbido traicionero de las culebras no se oían.

La lluvia arreciaba por momentos. Nos pusimos ponchos de agua y cambiamos las gorras por los cascos de corcho, y en nuestro afán de cuidar nuestros revólveres, los metimos bajo la casaca.

El paso por la montaña me comenzaba a aburrir por el explicable silencio que de vez en cuando se veía interrumpido por el ensordecedor retumbar de los truenos en los cerros. La imponente altura de gruesos árboles (algunos alcanzan hasta los 80 mts.) cuyas salientes raíces salvaba a paso lento mi caballo, hacían sentirme un ente minúsculo ante la magnificencia de la naturaleza. El traqueteo de las continuas y gruesas gotas de agua que caía sobre las hojas de los árboles y sobre mi casco, me sacaban de quicio... Después de 35 minutos la lluvia cesó de repente. El cielo (Hanac pacha) nos mostraba todavía inmensos nubarrones. El camino, — más bien sendero o trocha que atravesaba todo el bosque, estaba muy barroso por ser de greda (Llanque Tturo). A los costados vegetación y más vegetación siempre tupida. Por momentos alguno que otro rayo de sol (Inti) hacía su aparición en forma repentina. El silencio se iba quebrando paulatinamente; uno que otro paujil, — pava de monte — emitía su graznido. Poco a poco disminuía la vegetación: estábamos saliendo de la montaña y nos acercábamos a la puna. El frío

Carlos Millones conversa con dos indiecitos, y su sonrisa tierna expresa claramente su complacencia por la visita del representante de la Guardia Civil.

Un alto en el camino de nuestros amigos, les permitió admirar la detención del tiempo, y sentirse entes minúsculos ante tanta magnificencia.

LA LAMPARA MARAVILLOSA

EL invierno que se aplastó sobre los campos de aquel pago del norte fue excepcional. Se dio el caso de pasar hasta veinte días lloviendo, un obsesionante caer de agua mansa...

Uno de los galpones de la estancia Ouro Preto se convirtió en club singular. Allí los peones se movían, amargueaban, conversaban, comían y dormían. Muchos eran, pues era inmensa la hacienda. El dueño, don Ladislao da Silva, inmensamente rico. Su padre había nombrado al conjunto de veinte suertes de campo que poseía el del lugar que, según él, había nacido.

Luego que los peones hacían la comida del mediodía se tumbaban. Cumplida una breve siesta el pardo Junco arrimaba un calderón al braserio y en cuanto chillaba el agua servía, en jarros de lata no muy limpios, un café espeso, reconfortante. Era entonces cuando el capataz Piñeiro abría el libro. Y en medio de un atento concurso empezaba la lectura de Las Mil y Una Noches, que su madre había traído del pueblo hacía mucho tiempo. Esa tarde le tocó el turno a La Lámpara Maravillosa.

La rueda seguía el correr de una vida, la de Aladino. El negro Ulpiano Larrosa era de los oyentes.

La cuestión fue que, en el andar de los días sombríos y de la lectura iluminada, en el moreno comenzó a incubarse un problema. Cuando ganaba el catre, él que ni mal estirado caía en el dulce sueño, ahora abismábase.

A veces el capataz era cortado por alguno de los peones:

—Pero diga, don Piñeiro; ¿ande y cómo se va a creer que na más que con sobar una lámpara aparece un fantasma o lobizome, y na más que aparecido cumple órdenes como si juera guri de cargar agua?

—¡Y qué órdenes, don Piñeiro! En una cruz y repeluz el mozo Aladino se ve llevao y tráido, ricazo, vestido a lo jefe, y con una casa que ni la iglesia del pueblo...

Piñeiro deshacía esas dudas:

—Si no juega verdá tuito esto, ¿cómo iba a estar en un libro? ¿Ahí no está la estampa del mesmo Aladino, sacada de un retrato? ¿Qué escribidor se iba a jugar la parada mintiendo en un libro que ya está documentao?

Y el negro Ulpiano seguía rumiando su problema. A veces se preguntaba, la nariz abajo del poncho patria:

—¿Ande haberá ido a dar la tal lámpara? ¡Ahijuna, quién la encontrase!

Súbitamente una noche se le clavó un pensamiento. Recordó que cierto atardecer, armando unos cepos para zorrinos — que les había dado por rondar la casa y perfumarla noche a noche — al pasar frente a una de las habitaciones de la mansión — abierta su ventana en ese instante — observó el suntuoso ambiente: la cama monumental, ricas colgaduras, butacas, alfombras, mesas, cuadros y adornos. Pero lo que lo deslumbró fue algo que estaba sobre uno de los veladores: una lámpara cuya desmesurada panza estaba tejida por un áurea filigrana de figuras fantásticas y cuya pantalla era un ensueño de seda. Ahora, las motas pegadas a la jerga que usaba como almohada, aquella imagen fue tomando motivos extraños. El amo era hombre poderoso. Los carruajes en que viajaba, los caballos que cinchaban — o los que montaba — que parecían estampas; la ropa que vestía, aquella cadena del reloj — que podía ser de aljibe — el anillo que le tapaba tres dedos con una piedra que era el mismo sol, la hebilla del cinto, el cabo y la vaina de su descomunal facón, las espuelas, todo eso explotando oro... ¿No sería la lámpara? ¿El amo no sobaría aquella lámpara de vez en cuando?

La cuestión es que su rumiar se volvió idea fija y llegó a obsesión profunda.

Y el invierno pasó con su corte de rayos y truenos, ventarrones y lluvia; llegó la primavera y también se fue dejando perfumados los campos; y apareció el verano, triunfal, caldeándolo todo, haciendo temblar el aire, estremecer los cerros y cantar las chicharras. Nada de eso valió para sacar a Ulpiano de sus ensimismamientos...

Hasta que una mañana, ido el amo al pueblo con un escuadrón de asistentes y sirvientas, ensilló caballo gordo, saltó una ventana, y salió al galope largo rumbo al norte. Llevaba la lámpara oculta bajo el vichará rayado.

Al cruzar un corte en la sierra ganó entre unas piedras gigantescas. Se apeó, levantó el poncho y quedó un instante en éxtasis contemplando la maravilla. Sacóse el pañuelo del cuello y con él comenzó a frotar la lámpara suavemente, mirando a los cuatro vientos esperando la aparición del genio...

Continuó la tarea, cargando cada vez más la mano, sudando cada vez más. Anocheció y Ulpiano seguía ahora en un ritmo frenético, frotando. Había iniciado el trabajo acariciando con su suave pañuelo y terminó rascando con la bajera de su recado. Desesperado, entre dos luces ya, apeló a la ramazón de un espinillo...

Amaneció en un sobresalto. Estaba entreverado con el piedrerío, donde había hecho cama con el apero y dormido abrazado a la lámpara. Siguió la labor que la noche había cortado. Al fin, a mediodía, rajando el sol, desfigurado de hambre y sed, ensilló el moro y enderezó a la estancia, insensato, a media rienda. Mismo al salir de la sierra el montado rodó. Allá fue a dar como a cincuenta metros de él el negro. La lámpara chocó contra una losa, quedó maltrecha y como ya estaba poseído de furia le gritó:

—¡Bien hecho, mandinga! ¡Sólo pal patrón servís, porquería!

Arribó a media tarde a las casas, que encontró conmocionadas por su ausencia y por la ausencia de la lámpara. Apareció el amo quien, con voz mansa, le dijo:

—¿Se puede saber qué anda haciendo, seu Ulpiano?

—Vea, patrón: hablándole de hombre a hombre y pidiéndole desculpa, le diré que aquí tié su lámpara medio abollada pues el moro trompezó y yo con ella trillamos el piedrerío...

—¿Para qué usted quería la lámpara?

—Sobarla un poco, como aquel mozo Aladino hacía toparme con el brujo que la regentea, pedirle lo que me hace falta...

—¿Qué le hace falta a usted, seu Ulpiano?

El negro rascó sus motas un rato. Luego respondió:

Vea, patrón: usté duerme en cama suave, come por lo ancho y chupa por lo largo. Carga priendas de lujo, tié patrona superior. Na más que una de sus espuelas vale por tuito lo que yo tengo. Me parece que es injusticia eso...

Don Ladislao, a ojo, midió al negro durante un instante. Y se expresó así, después:

—Mire, seu Ulpiano: mi finado padre, allá por su pago, un buen día vio que el cinto le cargaba unos cuantos miles de reis, que en plata criolla alcanzaba a doscientos pesos. Con esa plata comenzó a cinchar de firme negociando ganado primero y tierra después, hasta que llegó donde llegó, que fue dejarme diecisiete suertes de estancia, cosa que le agradezco mucho todos los días de todos los años. Y yo mismo, siguiendo su huella he llegado a las veinte...

Don Ladislao se volvió a una de sus hijas, que junto a él estaba, y le ordenó:

—Vaya, Matilde, saque de la burra cuatrocientos pesos y tráigalos.

Matilde fue y vino. Don Ladislao alcanzó la plata a Ulpiano.

—Ahí tiene el doble de lo que contó mi padre. Comience a trabajar por su cuenta, cinche y sude como él, seu Ulpiano, que con sobar lámpara acabará con el costillar blanqueando después de comido por caranchos y cuervos.

Y aquí cobró un acento metálico, imperativo, la voz del amo:

—¡Marche en el moro que lo trajo, que se lo regalo; siga el camino!

Ulpiano siguió el camino. Y se detuvo, después de tres horas, en el rancherío Los Quietos, donde cayó en una orgía de caña, bailongo, chinaje y timba. Y otra vez, pasados diez días, revueltas las tripas, enrojecidos los ojos, alborotado el moterío, perdidos ponchos, maletas y botas, llegó a la estancia, donde fue recibido por el vocerío de la peonada y el ladrar de los perros. Y otra vez apareció don Ladislao. Se tiró al suelo el negro y se enfrentó a él, diciéndole:

—Vea, don Ladislao, atiéndame y desculpe: déjeme seguir trabajando en la hacienda manqué sea sin paga. Pa rico no sirvo. La plata que me dio se me escurrió como anguila y lo pior que en nada güeno: loros empolleraos, perdularios con naipe marcaos como matungos patrios, pulperos sin yel...

—Puede seguir trabajando en la hacienda, seu Ulpiano — habló con suave acento el amo.

—Le doy las gracias, patrón: pero dígale al capataz Piñeiro que ande se ponga a leer libro en el galpón no viá tener más remedio que dir a terminar en alguna crujía, pues le va a faltar cabeza pa la argolla de mi talero. ¡Y de favor les pido a tuitos que ni m mnten ná de lo que sea emparentao con lámpara, y menos con la mesma lámpara!

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)

DE CHINA A RHODESIA

ILUSTRACION DE VERNAZZA

NO parece que haya gran cosa en común entre la reciente votación contra el ingreso de la China Roja en las Naciones Unidas y la rebelión de los blancos rhodesios. Pero pueden considerarse ambos casos como sendos episodios de la vida internacional deformados y retorcidos por el caos que hoy padece la opinión pública. Ambos ya bastante arduos de suyo, es posible que hubieran logrado clarificarse y aun resolverse si la atmósfera en que se producen no se hallara tan cargada del polvo de la confusión, cuyo peor efecto bien pudiera ser impedir hasta que los problemas se planteen como es debido.

Para empezar por el caso chino, la actitud aparente de adversarios y partidarios de la China Roja es respectivamente empírica y de principio. ¿Para qué sirve cerrarle la puerta a la nación más populosa del mundo? — preguntan franceses e ingleses —. Y los norteamericanos contestan, o mejor, contrapreguntan. —¿Para qué sirve admitir en una sociedad de paz un gobierno que se ha declarado partidario abierto de la revolución por la guerra? El voto, 47 contra 47 y 20 abstenciones, resulta reflejo fiel de la realidad. Los argumentos se equilibran.

Se equilibran porque la Organización de las Naciones Unidas no es ni un ágora mundial ni una sociedad de Paz. No es una sociedad de Paz porque nació partida en dos. Hasta su mismo nombre lo recuerda. En San Francisco, los rusos, a quienes todavía escocía su expulsión de la Sociedad de Naciones por agresores de Finlandia, no se avenían a que ni se pronunciara tal nombre para designar la nueva Institución. Malo en inglés, *League of Nations*, era, sin embargo, excelente en español y en francés, Sociedad de Naciones. Pero hubo que complacer a los rusos y resultó esa Organización de Naciones Unidas en la cual el singular abstracto no basta para contrarrestar el plural del fajo o lío o haz de naciones sin unidad ni apenas unión.

Pero, además, el lío se compone de dos fajos, uno de las naciones libres y otro de las comunistas; y éste se funda en principios y usos incompatibles con los fines que profesa la asociación. Bueno será apuntar aquí que este factor, esencial en la constitución de las Naciones Unidas, condena este organismo a no ser ni ágora mundial ni sociedad de paz. No es ágora mundial porque tal idea implica la de opinión pública libre; y no se ve cómo podría aceptarse por libre una opinión entre cuyos componentes hay tantos que carecen de toda libertad de opinar. ¿Quién se atrevería a sostener que sea libre la opinión allende el telón de acero o al Sur de los Pirineos o en buen número de Estados de Africa como Ghana o de Asia, como Indonesia?

En cuanto a ser la ONU. una Sociedad de Paz, ¿quién se atrevería a sostener tamaña ilusión o ficción? ¿Cómo tomar la ONU. por una sociedad de paz cuando todas y cada una de las naciones comunistas que a ella pertenecen están en guerra consigo mismas hasta el punto de que sus ciudadanos se hallan encerrados en el país como en una cárcel, y no se les permite expresar opiniones distintas de las del Gobierno? Añádase que el partido comunista, que es el amo en todos estos países, mantiene como su doctrina oficial la guerra de clases; y sobre la guerra de clases se podrá opinar como se quiera, pero no sostener que es una forma de paz.

Fuerza es concluir que el problema del ingreso de China a las Naciones Unidas está mal planteado. Por ser la ONU. reflejo del caos y desorden del mundo, el ingreso de la China Roja no haría sino aumentar el caos y desorden de la ONU., cosa mala. Pero, puesto que así la ONU. reflejaría con más fidelidad el caos y el desorden mundial, el ingreso sería cosa buena. Lo cual ni por asomo autoriza el disparatado optimismo de los que auguran mejoría en la situación mundial por el mero hecho de admitir a la China Roja en la ONU.

*

El caso de Rhodesia no es menos absurdo. Es, desde luego, evidente que con los rhodesios blancos que siguen al señor Ian Smith no se puede estar de acuerdo. Pero esta repulsa, válida en sí, se hace por razones injustificadas. Casi todo el mundo se ha alzado contra ellos a causa de sus argumentos — que en su conjunto son válidos; mientras que hay que condenarlos por su insinceridad, que es patente: porque su error consiste en manejar una razón como un pretexto.

Y aquí también la causa del mal está en la ONU. *Un hombre, un voto* es el refrán que cantan tantos delegados, a sabiendas de que en sus respectivos países sólo hay un hombre que tenga un voto y los demás no tienen ninguno. Todo el problema se viene debatiendo en el terreno más somero de la política, sin penetrar al trasfondo sociológico que da a la política un sentido, sustancia y vitalidad. Casi todo lo que los rhodesios blancos han alegado en esta materia merece respeto; mucho más respeto que las opiniones de algunos pequeños grandes hombres que andan *napoleonizando* a su gusto por esos continentes de Dios, habiendo logrado izarse a las cumbres del poder absoluto mediante el manejo de tópicos anglosajones o franceses de dudosa validez aún en Europa.

Quizá inevitablemente se viene tratando el asunto en un ambiente pasional. Pasiones naturales, desde luego. Mezcla de mala y buena, la actuación colonial de los blancos en Africa se recuerda hoy mucho más por lo que tuvo de mala; y aunque así no fuere, el derecho natural de los africanos a mandar en su propio país es innegable. Donde yerran los rhodesios blancos es en negarse a reconocer que, si no están dispuestos a un régimen de igualdad con los africanos, lo único que les queda es marcharse por mucho que les duela ver demolida su labor creadora. Donde aciertan es en hacer valer que si se lleva demasiado aprisa esta evolución hacia la igualdad, peligrará mucho de lo bueno que se ha logrado realizar en el país, en gran parte gracias a su inteligencia y esfuerzo.

La solución razonable hubiera sido obligar al señor Smith y a sus secuaces a cumplir con su palabra, sometiéndolos a un programa de evolución ni lenta ni rápida hacia una participación siempre mayor de los africanos en la gestión del país a medida que iba progresando la cultura individual y que se iban adaptando las instituciones indígenas. Inglaterra, nación de instintos políticos sanos, que en estas materias ha aprendido prodigiosamente durante los últimos cincuenta años, habría hallado con seguridad forma y cauce para este período. Pero el obstáculo le ha venido de la ONU.

Y aquí es donde vemos cómo los dos casos, el del ingreso de China y el de la crisis racial de Rhodesia, convergen en el mismo problema, el problema céntrico de nuestra época, todavía por resolver — el de la constitución de las Naciones Unidas.

*

El mundo necesita tanto un ágora como una sociedad de paz. La ONU. no es ni lo uno ni lo otro; ni parece razonable fiarse de que lleguen a cuajar ninguna de las dos mientras siga en el poder el partido comunista en media Europa y dos tercios de Asia. Hay, pues, que resignarse a ir tirando como se pueda con lo que se tiene; pero a condición de ejercer un esfuerzo constante para irlo mejorando y adaptando a lo que ha menester. Ante todo hay que ver el modo de eliminar los aspectos demagógicos y caóticos de la ONU. y fomentar el sentido de responsabilidad en sus organismos.

Esta actitud pierde alguna autoridad por darse una infausta tendencia a explotarla en pro de las grandes potencias, con vistas a un monopolio de la alta política. Todas las grandes potencias adolecen de este través, quizá sobre todo la Unión Soviética. Cuando se venía elaborando la Carta de la ONU. en San Francisco, la Unión Soviética lanzó una campaña de prensa contra las naciones menores. Hubo que pararla en seco, como se hizo; y los que se encargaron de la operación no carecían de argumentos. Hay por fortuna hoy bastantes naciones menores con sentido de su responsabilidad tan alto o más que el de cualquier gran potencia, para que esta pretensión al monopolio sea insostenible. Hecha esta reserva, podemos ahora esbozar en sus grandes líneas la reforma que parece necesaria.

Ante todo se impone una descentralización. El foco de la algarabía es la Asamblea de Nueva York. Habría que dividirla en lo menos seis o siete que podrían ser: una para Europa, otra para el Asia amarilla, otra para el Asia morena, otra para el Islam, otra para el Africa y otra para Iberoamérica. Si lo deseare, otra para la mancomunidad británica. Cada una de estas asambleas se ocuparía de los asuntos de sus áreas respectivas.

El Consejo se constituiría con una delegación por cada asamblea y por cada una de las grandes potencias. Todas las asambleas y todas las grandes potencias podrían enviar delegados a todas las asambleas, con o sin voto sería cosa a dilucidar. Este Consejo sería el único organismo capacitado para debatir problemas de interés mundial.

Así reconstituída, la ONU. se vería al fin libre del caos y de la algarabía de que hoy adolece. Claro es que el camino hacia el diseño esbozado se halla erizado de obstáculos: pero no de tal gravedad que no fuera posible irlos sorteando. Se irían ganando ante todo dos aclaraciones esenciales: que hay que renunciar al sistema actual; y que por lo menos sabríamos hacia dónde navegamos.

Salvador **DE MADARIAGA**

(Exclusivo para EL DIA)

SU BARRIO, para su comodidad una agencia de AVISOS ECONOMICOS de EL DIA

ONTEVIDEO
AD VIEJA
MAYO 389
RO
BRANCO 1212
18 de JULIO y
ARON
ON
18 de JULIO 2022
g. Petraglia)
CARRETAS
DEL PINO 810
de SETIEMBRE

PARQUE RODO
CONSTITUYENTE 2007
POCITOS
JUAN B. BLANCO 914
MALVIN
ORINOCO 5048 y
MICHIGAN
PUNTA GORDA
Av. Gral. PAZ 1421
UNION
Av. 8 de OCTUBRE 4062
Av. 8 de OCTUBRE esq.
ABREU (Kiosco Unión)
Av. 8 de OCTUBRE esq.
PIRINEOS (Kiosco Maro
ñas)

GOES
Avda. Gral. FLORES 2942
ITUZAINGO
Avda. Gral. Flores 4996
PIEDRAS BLANCAS
Cuch. GRANDE y
T. RINALDI
ARROYO SECO
Av. AGRACIADA 2612 bis
PASO MOLINO
Avda. AGRACIADA 4109
AGUADA
SIERRA 1906 (Agencia
Progreso)

REDUCTO
GUADALUPE 1490
RIVERA
Avda. RIVERA 2621
CERRO
Avda. CARLOS Mª RAMIREZ 1686 esq. GRECIA
SAYAGO
Av. SAYAGO esq. ARIEL
(Kiosco Sayago)

COLON
Av. GARZON 1911 frente
Pza. Vidiella (Florería)

EN EL INTERIOR

CANELONES
TREINTA Y TRES esquina RODO
Plaza 18 de JULIO
(Kiosco ISNALDI)
SANTA LUCIA
BAZAR "EL TREBOL"
RIVERA 488 bis

LA PAZ
Av. BATLLE y ORDOÑEZ
215 (Bazar JORGITO)
LAS PIEDRAS
Avda. ARTIGAS y LAVALLEJA (Kiosco LUISITO
Plaza)
Estación FERROCARRIL
(Kiosco LUISITO)
PANDO
Gral. ARTIGAS 895
PARQUE DEL PLATA
CALLE 2 esq. H

AGENCIA NOTICIOSA "EL DIA" EN PAYSANDU - SALTO - RIVERA - PUNTA DEL ESTE

¿QUIEN MATO A KENNEDY?

PREMONICIONES PRESIDENCIALES

NOTA Nº 2

"Si me van a liquidar, me eliminarán inclusive en la iglesia". La expresión corresponde al ex presidente John F. Kennedy poco antes de emprender el viaje fatal a Texas. Fue pronunciada ante su secretaria personal Mrs. Velyn Lincoln y ésta la menciona en su libro "Mis once años con Kennedy".

Lo anterior significa que el propio presidente sabía que su viaje a Dallas era peligroso y cuando habló en aquellos términos es que vislumbraba alguna amenaza. Su premonición fue más allá. La mañana de su muerte, según lo recordó más tarde el edecán de la Casa Blanca, Kenneth O'Donnell, el presidente había observado que "si a alguien se le ocurriera realmente disparar contra el presidente de los Estados Unidos, la tarea no era en sí difícil, todo lo que había que hacer era subirse a un edificio elevado con un rifle telescópico y no había nada que nadie pudiera hacer para defenderlo contra tal intento".

Eso fue exactamente lo que ocurrió y si Kennedy la mencionó específicamente es porque él había pensado en aquella posibilidad y al mismo tiempo veía que nada se hacía por preverla. Precisamente unos días antes del viaje presidencial a Dallas, Adlai Stevenson, representante en la ONU había telefoneado a la Casa Blanca para que se anulara la jira. ¿Por qué?

La revista "Newsweek" lo aclaró: Unos días antes de la llegada de Kennedy a Dallas, Stevenson fue atropellado, golpeado, escupido e injuriado. En oportunidad que se encontraba hablando en el Dallas Memoral Auditorium, grupos ubicados en las naves laterales interrumpían sus discursos cantando: "Kennedy recibirá en el infierno su merecido. Stevenson morirá. Su corazón se parará, se parará, se parará, y él arderá, arderá, arderá".

En realidad hay un fárrago de contradicciones, de pruebas y de contrapruebas en el caso Kennedy. Son tantas que impiden tener una visión cabal del mismo. La policía dio comunicados para posteriormente rectificarlos parcial o totalmente, ejemplo: De acuerdo con su versión, el conductor del taxi que tomó Oswald después del crimen, se llamaba Darryl Click. Pero, cuando después se hizo notar que nadie en la ciudad había inscrito con ese nombre en el registro de conductores se dijo que el nombre correcto era William Walley. Otro: El arma utilizada fue bautizada por el fiscal del distrito Henry Wade como un máuser alemán. Luego, se confirmó que no era tal sino que se trataba de un Carcano italiano de 6.5 mm.

Si los policías se equivocaron no menos tremendo fue el error de los médicos. "Un grupo de ellos se esforzó en vano en salvar al presidente —dice el

DIBUJO DE VERNAZZA

informe Warren—, como los médicos de Dallas dirigieron todos sus esfuerzos a controlar la abundante hemorragia causada por la herida de la cabeza y a restablecer la entrada de aire en los pulmones, el presidente permaneció de espaldas durante todo el tiempo del tratamiento médico. Los médicos, haciendo esfuerzos por vencer al tiempo, no se cuidaron de volverlo del otro lado para someterlo a un examen más completo. Posteriormente cuando se preguntó a uno de ellos, por qué no se hizo nada para inspeccionar la espalda de Kennedy, después de su muerte, contestó: "Supongo que nadie tenía realmente el valor para hacerlo".

Luego, los doctores McClelland y Perry, dos de los tres cirujanos que intervinieron al presidente para tratar de salvarlo afirmaron que el agujero en la garganta del presidente era un orificio de entrada. Semanas más tarde tras recibir la visita de agentes del Servicio Secreto y examinar un documento que era el informe de la autopsia, los médicos rectificaron su parecer coincidiendo así con la tesis oficial.

Sin embargo McClelland y Perry tenían amplia experiencia con pacientes heridos de bala. El rotativo "St. Louis Post Dispatch" señaló que el primero "explicó que él y sus colegas de Parklan veían heridas de bala todos los días, algunas veces varias en un mismo día, y que reconocían fácilmente el menudo orificio característico de una bala que entra, en contraste con el agujero más grande y con desgarradura que produce una bala saliente".

Es por ese cúmulo de contradicciones que un diario de Nueva York publicó 25 preguntas sobre el por qué de la muerte de Kennedy. Al darse a conocer el informe Warren insertó las 25 respuestas pertinentes. Esto demuestra que el estudio tuvo en cuenta todas las opiniones y buscó, por todos los medios a su alcance, verificarlas o desvirtuarlas "debido a la dificultad de probar algo que no es evidente" muchos cargos no pudieron establecerse categóricamente; "pero si existen pruebas, éstas no han estado al alcance de absolutamente ninguna de las agencias investigadoras en general ni de los recursos de los Estados Unidos, ni han llegado al conocimiento de esta Comisión".

Escritores y conferencistas han hablado sobre la muerte de Kennedy. Muchos periodistas han esbozado sus propios puntos de vista y la suma de todo ello obligó a un más exhaustivo análisis de los pro y contra del suceso.

Mark Lane, miembro de la Asamblea de Nueva York, ofreció conferencias sobre el tema: "¿Quién mató a Kennedy?" cobrando dos dólares por la butaca. La sala siempre estaba colmada de público y la Comisión Warren hace alusión en dos ocasiones a Lane, negando en cada una de ellas la validez del testimonio que ofreció, del cual aquél dijo que estaba basado en el relato de un informante cuyo nombre se negó a dar.

El informe más completo en abierta oposición al Warren es el que se conoce como Buchanan. Se trata de un periodista, matemático y novelista que realizó un análisis a fondo y dio a luz un libro titulado "Les assassins de Kennedy" editado en francés. Sus conclusiones aparecieron también en el diario "L'Express" de París y posteriormente todo ese material fue presentado a la Comisión Warren.

La obra mencionada ha sido llevada al castellano bajo el título de "¿Quién mató a Kennedy?" algunas de cuyas conclusiones fundamentales las utilizamos en este informe especial para cotejarlas con la versión oficial.

Bernardo ROBINSON

(Exclusivo para EL DIA)

UN LIBRO DE JOSE MONEGAL PARA LOS CIEGOS

UNA feliz iniciativa, en la que acordaron los miembros del equipo profesional y los alumnos del Centro de Rehabilitación para Ciegos "Tiburcio Gachón" (calle Juan José Quesada 3666) se ha concretado respecto a una obra de José Monegal, la que habrá de ser transcripta al sistema Braille para quedar así a la disposición de quienes puedan leer al tacto.

Homero De Gregorio, director del Centro y Blanca Carrasco, que dirige una de las clases del sistema Braille, en la tarea de transcripción de "Memorias de Juan Pedro Camargo"

Los cuentos de José Monegal, —que el Suplemento Dominical de EL DIA publica regularmente— merecieron muchas veces el interés de las imprentas Braille y gozan de prestigio entre los ciegos de habla hispánica, que los conocen y disfrutan; esta vez se trata de producir una copia única de la obra "Memorias de Juan Pedro Camargo". Doscientas páginas que habrán de multiplicarse varias veces para alcanzar el desarrollo que el sistema Braille requiere.

Son, éstas, las memorias de una criolla familia de zorros. No es una fábula, puesto que pueden reconocerse en las certeras descripciones y en el fino humorismo y las agudas críticas, personas y episodios de nuestra auténtica vida real. Pero zorros son los narradores y los personajes que en mayor número campean en la historia.

Hay un par de párrafos rotundos que no resistimos el deseo de transcribir, que justifican algunas expresiones categóricas o rudas que los señores zorros suelen emplear:

"Debo aclarar algo al que lee estas memorias. Todo el subido y crudo palabrerío que en ellas aparezca, no es de mi lápiz, sino de la boca de Juan Francisco. No ponerlo aquí sería quitar una singular y realzada faceta a la vida de aquél. Más valdría no estampar estas memorias si ellas tuviesen que hacerse en prosa refinada y cernida. No se debe fruncir, pues, el hombre por alguna palabra de verde o encendido color. Además él sabe muy bien que en rueda de camaradería, con motivo de algún choque en la vida, o en su propia casa junto al oído de su mujer o de sus hijos (cuando no de su padre y de su madre) él las dispara mondas y lirondas. Y si éstas de mi tío huelen a mala educación, aquellas que él piensa y esconde —por miedo o por cinismo— las hace más pútridas y ruines que cuantas pudo soltar mi pariente y yo estampar en estas memorias. Basta".

El interés del lector no decae a lo largo de todo el libro y es frecuente que uno no pueda suspender la lectura hasta que ha llegado a la última página.

Así deben ser las obras que se transcriban al sistema Braille, así se justifica el esfuerzo y la coordinación de voluntades que tal empresa reclama: Blanca Carrasco, a cuyo cargo está una de las clases del sistema Braille que se dictan en el Centro, consiguió donantes que aportaron el papel especial que se usa para escritura en relieve; la señorita Inés Nores, perteneciente al grupo de copistas voluntarias "Copihue" de la Asociación Cristiana Femenina, se dispuso a realizar la labor; José Monegal ofreció su autorización para la transcripción. Luego habrá que encuadernar las hojas formando tantos volúmenes como resulte el contenido, y entonces estará pronta la obra que se transcriba para que los alumnos puedan deleitarse durante horas leyéndola.

Homero DE GREGORIO

(Especial para EL DIA)